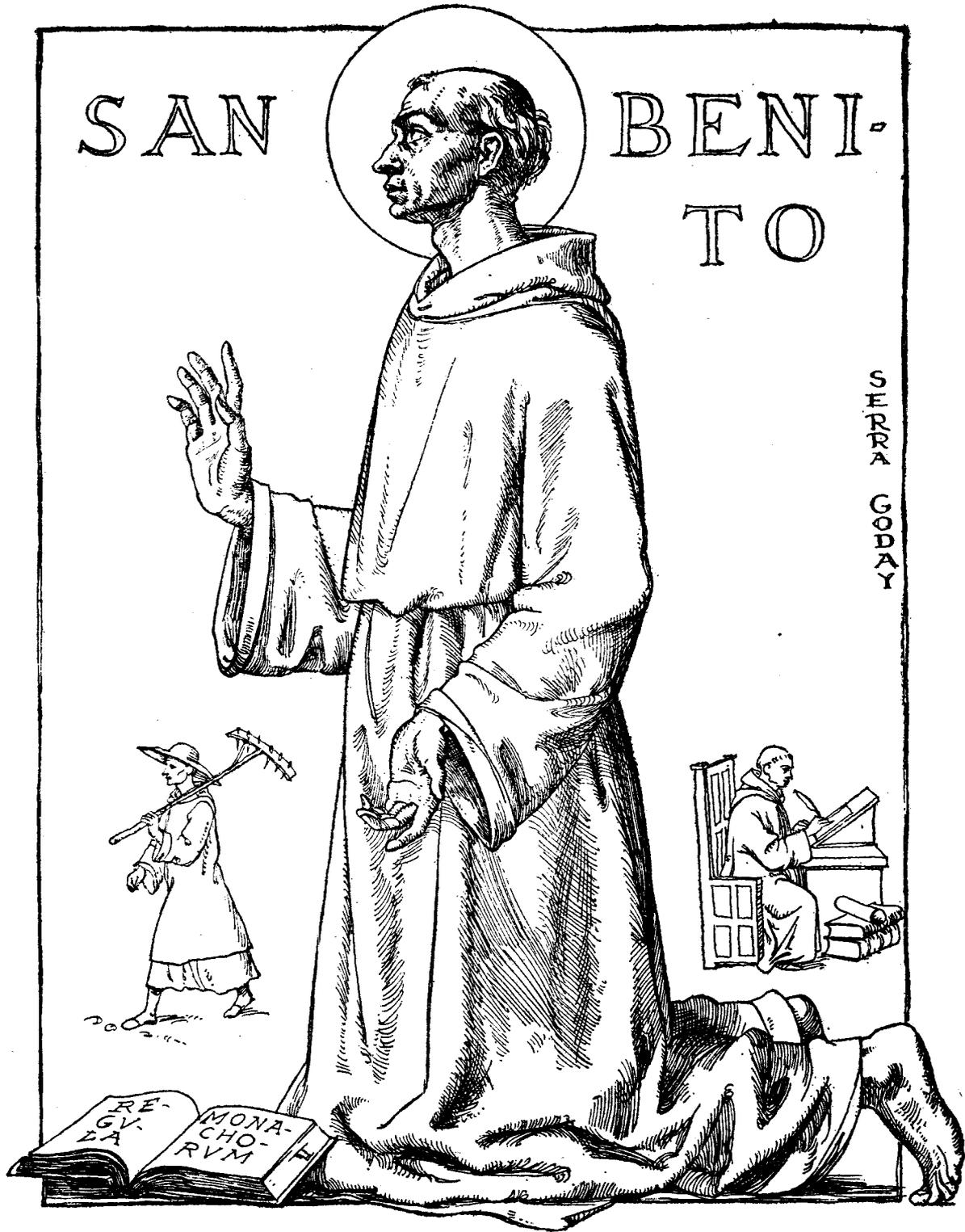


# CRISTIANIDAD

AÑO SANTO DE 1950



A TI SE DIRIGE MI LLAMAMIENTO, QUIENQUIERA QUE, RENUNCIANDO  
A TU PROPIA VOLUNTAD, VAS A MILITAR BAJO LAS BANDERAS  
DEL VERDADERO REY CRISTO NUESTRO SEÑOR

# Año Santo, Año de Cruzada

Si quiere conocer el alcance de la Cruzada de Oración y Penitencia...

Si desea seguir el movimiento espiritual que provoca...

Si quiere vivir su penetración y frutos en el mundo entero...

*Suscribese al boletín quincenal*

## ECOS DE LA CRUZADA

Dirección y Administración:

Lauria, 15, 3.º - Tel. 21 27 75 - Vía Layetana, 105, pral. - Tel. 22 24 89

PRECIO DE SUSCRIPCION DESDE MAYO HASTA FIN DE AÑO: 10 PTAS.

### José María Minoves Fusté

SUCESOR DE

### Salvador Fusté Teixidor



Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón  
en BESSACHS  
(GIRONELLA)

#### PUBLICACIONES CRISTIANDAD

Hacia el Cuarto Año Jubilar	10 pesetas
Catolicismo o barbarie	35 pesetas
Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón	30 pesetas
Emisaria de Cristo Rey	30 pesetas

### CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . . .	100'—	Ptas.
Semestral . . . . .	50'—	»
Trimestral . . . . .	25'—	»
Número ordinario . . . . .	5'—	ptas.
Encuadernar . . . . .	25'—	»
Tomo encuadernado . . . . .	125'—	»

Precio de este ejemplar: 7,50 ptas.

## Las llamadas a la conciencia social

*Un siglo que ve sus albores con el reinado de un gran Pontífice, Silvestre II, interesado a fondo en la reforma de la Iglesia, en la vitalización y defensa del cuerpo de la Europa cristiana, en la evangelización de los pueblos bárbaros y el progreso del saber; y que contempla en sus postrimerías a todos los pueblos de «La Cristiandad» incipiente marchar unidos a la grandiosa empresa de las Cruzadas. Un siglo que abren cinco grandes reyes coetáneos de aquel pontífice, dos de los cuales, Enrique II Emperador y Esteban I de Hungría, han merecido el honor de los altares, y los tres restantes, Roberto el Piadoso de Francia, Canuto el Grande de Dinamarca e Inglaterra y Sancho el Mayor de Navarra, sabemos se hallaban animados por un sincero amor a la Iglesia; y que, en su decurso, ve ascender a la Sede Apostólica a dos Papas santos, León IX y Gregorio VII, paladines de la pureza y libertad de la Iglesia contra las potestades del mundo y las pasiones de los hombres. Un siglo en que la recta conciencia cristiana y, por encima de todo, la asistencia del Espíritu Santo, hace triunfar a la Esposa de Jesucristo de los inmensos peligros en que la ponían las influencias externas (escandalosa intervención de los poderes seculares en la elección papal, llámense éstos emperadores germánicos o grandes familias romanas de los Crescencios y los Túsculos), y la misma implicación de intereses temporales y espirituales de las investiduras con sus secuelas de simonía, aseglaramiento, incontinenencia de los clérigos y otros graves desórdenes; y que, no obstante, ve cómo la confusión se trueca en orden, los abusos son reprimidos, los vicios reprobados y combatidos, los procedimientos regulados; que ve al Vicario de Cristo Nicolás II, con el segundo Concilio de Letrán, establecer el canon para la elección pontificia sobre bases que eviten en lo posible las intromisiones del poder temporal, y ve cómo en un sano movimiento popular, la pataria, se combate a los obispos y clero irregulares hasta obligarles a modificar su conducta o ceder los puestos, que detentaban por simonía o con público escándalo, a sacerdotes ejemplares...*

*Algo de esto habríamos deseado presentarte, de una manera breve, aunque fiel, documentada y amena, si el espacio, benévolo lector, nos hubiese bastado en este número, en lugar de verlo tan limitado, que hemos tenido que dejar de ofrecerte la mitad, por lo menos, del material que te habíamos preparado.*

*Y de buena gana habríamos echado contigo una ojeada, además, sobre la superficie de aquella Europa que, como con deliciosa expresión sugiere un cronista de la época, Glaber, «se vistió con el blanco ropaje de las nuevas Iglesias» —hacia su aparición el románico—, mientras en los Concilios se configuraba la Paz y Tregua de Dios, nacía la Caballería, y con una y otra institución se templaba el ardor guerrero de los germanos mediante elevar los ideales que les movían; habríamos descubierto, entonces, cosas que no pocos, avezados a considerar la alta edad media como una época oscura y sin matices ni delicadezas, ni siquiera sospechan, y tales, que no las hay más delicadas o superiores en los más finos espíritus de nuestro tiempo. ¿Te habrías imaginado, pongamos por caso, hallar a la Iglesia, en este siglo XI de que tratamos, empeñada en suprimir las penas por los delitos y convertirlas en penitencias, y que a esto tendiera, de algún modo, el derecho de asilo? ¿Podrías comparar este mismo derecho de asilo con nuestra moderna institución de la extradición, que no cesa de perseguir al delincuente aun cuando salga de la jurisdicción de la autoridad que puede condenarle? ¿Te podías suponer, por ejemplo, a todo un Urbano II, el Papa de la primera Cruzada, estableciendo por un rescripto recogido por Ivo de Chartres y Graciano en sus colecciones, que «si no se deben considerar como homicidas a los que, en una guerra justa, como la actual, matan a sus enemigos, conviene sin embargo imponerles una penitencia proporcionada, a causa de la perversidad posible de sus intenciones», y a un Concilio celebrado en Roma (Mansi, XVIII, 346) imponer una penitencia pública a los que habían tomado parte en la batalla de Soissons, entre el rey Carlos y su adversario el rey Roberto, «por la razón de que no es muy posible, en las guerras civiles, batirse únicamente por el bien público»? ¿Se te habría ocurrido que, como razonadamente interpreta nuestro estimado maestro don J. O. Anguera de Sojo, el motivo de que no aparezca entre los nombres de las personalidades que compilaron o aprobaron nuestro Código de los «Usatges» ningún hombre de la Iglesia, fuese la voluntaria inhibición de ésta, que no quiso sancionar con su presencia un texto legal del cual no se excluían las pruebas caldaria y del juicio de Dios, que por supersticiosas y disconformes con la moral cristiana combatía?*

## EDITORIAL

Todas estas realidades tangibles se multiplicaban gracias al nuevo espíritu que un particular instrumento de la providencia de Dios despertaba en los hombres: al lado del ejército de orantes y penitentes encerrados en los monasterios, florecía un orden monástico que por sus santos abades y virtuosos monjes laboraba en defensa de la Iglesia, apoyando toda su actuación reformadora: era Cluny. Por primera vez en la historia, la Iglesia contaba con un auxiliar militante esparcido por toda la superficie de Europa y agrupado en estrechas filas bajo la obediencia de su gran abad. Los que ocupaban este cargo consideraban las fundaciones de su orden «no como monasterios autónomos, sino como residencias en las que se hallaba destacada una parte de la gran familia de sus monjes». Desde ellas se ayudaba a orientar la respuesta que la sociedad de aquel tiempo, cristiana aunque no exenta de caídas, dió a los llamamientos que Dios hacía a la conciencia social.

Porque, en efecto, así como Dios llama a la conciencia individual al reconocimiento de su verdad y de sus propias culpas, llama también a la conciencia social a darse cuenta de su realidad y a reaccionar contra aquellas culpas que, o por ser comunes a muchos de los miembros de la sociedad y como que trascendieran del individuo, o por participar en ellas la colectividad con su benigna condescendencia, bien pueden ser llamadas sociales. En el extremo de ellas se encuentra esa «pérdida del sentido del pecado» de que Su Santidad el Papa nos habló en su Mensaje al Congreso Catequístico de Boston. Cuando cabe expresarse así, es evidente que se ha llegado a las grandes crisis de la historia.

\* \* \*

Lector amigo, que sigues esta serie de números de CRISTIANIDAD y estás atento, como no puede ser menos, a las resonancias angustiosas con que nos envuelven los hechos externos, las grandes cuestiones que se agitan a nuestro alrededor y que acaso puedan lanzar nuestra vida en complicaciones incalculables. Tal vez habrás leído ya, por estas fechas, la serie de tres obras que tiene por título general «La Leyenda del Cister». Alrededor del primero de sus volúmenes, Tres Monjes Rebeldes, se nos ha ocurrido urdir el presente número extraordinario. Deseábamos que sirviese de comentario al mismo. Y, también, ¿por qué no?, deseábamos prevenirte contra una interpretación demasiado ligera del motivo que llevó al fundador de Cister a realizar su reforma. El celo de «más servir a Dios» que movía a aquellos hombres no implicaba, precisamente, el que Cluny se hubiese relajado, como a simple vista parecería. Precisamente el testimonio de un hombre de la severidad y ascetismo de San

Pedro Damiano, nos hace comprender lo contrario. llamando al Cluny de aquella época: «el paraíso de la tierra, el jardín de los lirios y rosas, la arena de los combates celestiales, la mies del cielo». Y otro Santo, el Papa Gregorio VII, de un espíritu tan serio como muy pocos los ha habido en la historia, declara en el Concilio romano de 1077 que no hay en el mundo entero monasterio que pueda rivalizar con Cluny: todos sus abades se han visto rodeados de la aureola de la santidad, y no se sabe, hasta el presente, que ninguno de sus monjes haya doblado la rodilla ante Baal.

Y, en efecto, desde San Odón y San Mayolo, que pertenecen al siglo X, el báculo abacial es empuñado por San Odilón, que gobierna la orden hasta 1048 y San Hugo, que lo hace hasta 1109. Coetánea de éste, sobre todo, es la actuación trascendental de aquel otro gran santo cluniacense, Hildebrando, el Papa Gregorio VII, que acabamos de citar.

La santa emulación en el servicio de Dios que Cluny despierta, promueve una verdadera floración de nuevos y santos cenobios: San Romualdo funda la Camaldula, en 1024; San Gualberto, la Abadía de Valle Umbrosa en 1039; el santo caballero Bruno von Hartenfaust, San Bruno, fundará la Cartuja en 1084. Antes le habían precedido los ensayos de San Roberto, de los que ha de nacer la Orden del Cister.

\* \* \*

No está fuera de lugar volver hoy la vista hacia estos gloriosos ejemplos de santidad y de reforma de la vida cristiana. Ellos sintieron el espíritu de Cruzada espiritual frente a los males de su tiempo.

En el día de hoy, si «ha sido amenazado este cuerpo de Cristo del cual somos miembros», si «este cuerpo de Cristo que es su Iglesia está amenazado no sólo por potencias hostiles desde afuera, sino también por las causas internas de la debilidad y la decadencia», son palabras de Su Santidad Pío XII;

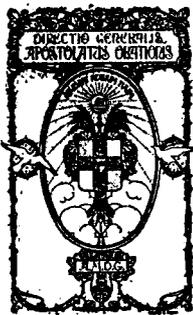
Si se presenta a la consideración del mundo cristiano la disyuntiva: «o la conciencia cristiana despierta a la plena y viril comprensión de su misión de ayuda y salvación para la humanidad puesta en peligro en su ser espiritual, y entonces habrá salvación y se verificará la fórmula prometida por el Redentor: "Tened fe; he conquistado el mundo"; o de lo contrario, y Dios no lo permita, despertará sólo en parte, no se entregará valiente a Cristo, y se cumplirá el veredicto: "el que no está conmigo está contra mí".»

¿Qué aguarda el mundo cristiano, y nosotros en particular, para responder a los llamamientos de Cruzada de oración y penitencia que la Iglesia nos hace?

T. L.



Los textos con que se introducen la mayor parte de documentos o artículos del presente número, proceden de la obra que se cita en este editorial, TRES MONJES REBELDES, de M. Raymond, O. C. S. O.



## Conversión de los ateos y de los equivocados

(Intención del Apostolado de la Oración para el mes de agosto de 1950).

**I. Conversión de los ateos** — Hay que rogar ciertamente por éstos, pues son *inexcusables* (Rom. 2, 1), porque sin duda resisten de algún modo libremente a las razones que prueban la existencia de Dios y que por una necesidad psicológica nos dan alguna noticia de El. Pues no existen hombres en uso de la razón, que carezcan de todo conocimiento de Dios, por lo menos muy rudimentario e incipiente, o que apoyándose en argumentos racionales se persuadan verdaderamente de que Dios no existe y hallen en esta persuasión la tranquilidad y el descanso del corazón. Pero no son pocos, por desgracia, los que no quieren cultivar aquel conocimiento incipiente de Dios, lo descuidan, lo oscurecen y aun lo pervierten: de aquí que no negamos que hay *ateos prácticos* por corrupción y perversidad de corazón, que a) o vivan de tal suerte como si Dios no existiera, no se preocupan de Dios ni quieren pensar en El, o b) duden de su existencia, porque no quieren atender a las razones que demuestran dicha existencia o las

desprecian, o c) de tal modo corrompen con el abuso de su razón la primera idea de Dios, como los idólatras, cuyas opiniones acerca de Dios equivalen casi al ateísmo, o d) incluso llegan a buscar argumentos especiosos para negar la existencia de Dios. Impetremos la luz de la fe para estos ciegos, para que no revele en ellos la ira de Dios. (Rom. I-18-32).

Principalmente se piensa en esta intención, en los *comunistas ateos militantes*, que encendidos en un odio infernal contra Dios luchan contra El y quisieran arrojarle violentamente de la tierra. Tienden en efecto a «socavar los mismos fundamentos de la civilización cristiana», «a arrancar de raíz las bases y aun todo vestigio de la religión, y extinguir en las almas de los hombres, principalmente de los jóvenes, su recuerdo», «se esfuerzan en arrancar de lo íntimo de la mente de los hombres la idea misma de Dios», luchan «contra todo lo que se llama Dios», su doctrina «por su misma naturaleza es opuesta a toda religión a la que consideran como el soporífero opio del proletariado». Así describe al comunismo ateo Pío XI en su Encíclica «Divini Redemptoris» (19-III-1937). Lo mismo enseñan abiertamente los jefes del comunismo.

Puesto que la gracia de Dios puede triunfar aun de los más endurecidos, no hay pues que desesperar de la conversión aun de los ateos militantes. ¿Por qué no orar más bien mucho por su conversión?

**II. La conversión de los equivocados.** — ¿Quiénes son estos equivocados?

1) Entre ellos se pueden ciertamente contar los protestantes y separados de la Iglesia católica, y también aquellos católicos que están imbuídos por varios errores modernos...

2) Pero principalmente se entienden muchos de todos los países, que seducidos por la falsa apariencia del comunismo, no le juzgan perverso, y engañados por sus ardides le prestan ayuda.

Pío XI lamenta que muchos no comprendan a fondo lo que quieren y qué fin real persiguen los comunistas. Fácilmente muchos ceden a sus astutas invitaciones confirmadas con admirables promesas. Porque los comunistas usan de esta simulada apariencia de verdad, a saber, que ellos pretenden solamente llevar a mejor situación la fortuna de los trabajadores, redimir el proletariado de las garras de los capitalistas y vindicar la justicia; y asimismo remediar oportunamente lo que en el gobierno de la sociedad habían establecido injustamente los Liberales, como dicen, y llegar a una más equitativa distribución de la riqueza. Con mentiras y fraudes engañan a los incautos y con sus hermosas promesas seducen y atraen a su partido incluso a quienes aborrecen de los ideales materialistas y de sus crímenes. La apariencia de verdad, que queda aun en el error comunista, la emplean sagazmente con el fin de ocultar con disimulo según la oportunidad lo requiere aquella odiosa e inhumana corrupción que los preceptos, las doctrinas y los hechos del comunismo rezuman. Así engañan a muchos, que con frecuencia de tal modo se entusiasman, que ellos mismos como fervientes apóstoles del comunismo inculcan a otros estos mismos errores.

Entre las causas de la difusión del comunismo y del engaño de muchos hay entre otras que considerar:

a) El fervor verdaderamente «místico» del que están imbuídos muchos apóstoles del comunismo, que desean conquistar para él al mundo entero, incluso con sacrificios generosos y aún heroicos.

b) El acérrimo afán por la propaganda, empleando todos los medios de la cultura moderna.

c) El lamentable silencio convenido y observado por gran parte de los diarios del mundo, que por largo tiempo ocultaron los crímenes atroces o crueles que el comunismo perpetra en todas partes donde triunfa.

d) Las falsas razones de «prudencia política», por las que se ayuda mucho a la propaganda hecha por los servidores del comunismo.

## SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL, *Las llamadas a la conciencia social* (págs. 345 y 346).

*Durante estos tres años de escasez* (pág. 348).

*Aquel mismo año vió nacer, al calor de la Iglesia, una institución admirable* (pág. 349).

*Aspiro a una más alta caballería.—Alabanza y Donación de Cluny* (págs. 350 y 351).

*La Santa Regla* (págs. 352 y 353).

*Conciencia social y espíritu de reforma. (I) Humildad Social*, por Francisco Hernanz (págs. 354 a 356 y 372).

*Los peligros de la Iglesia: El papado sufre influencias extranjeras.—El Papa se emancipa del Emperador.—El Maestro de Hildebrando.—El carpintero y el Conde de Semur.—La lucha de las investiduras.—Hildebrando, Pontífice.—San Hugo en Canosa* (págs. 358 a 366).

*El sentido de Cruzada en Íñigo de Loyola* (VII), por el P. Ramón Orlandis, S. I. (págs. 367 y 368).

*Escuela de biógrafos*, por Fraxinus Excelsior (págs. 369 y 370).

*La Cruzada de Occidente. ¡Escuchad la Voz!* por C. (págs. 371 y 372).

*Conciencia democrática y conciencia cristiana*, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 373 y 374).

*El transformismo en el momento actual*, por Fernando Enríquez de Salamanca (pág. 375).

DE ACTUALIDAD: *Crisis del mal humor.—Corea, paralelo 38*, por J. O. C. (pág. 376)

ADVERTENCIA.—CRISTIANIDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver.

## DURANTE ESTOS TRES AÑOS DE ESCASEZ...



El campanario del agua bendita. Cluny.

En esa época (año 1033) comenzó a extenderse el hambre por todo el universo, y la muerte amenazaba a casi todo el género humano. Se hizo tan malo el tiempo, que no daba lugar a la siembra, ni era oportuno para la cosecha, sobre todo por causa de la inundación de las aguas. Parecían luchar entre sí los elementos, mientras castigaban la insolencia humana. Hasta tal punto estuvo anegada la tierra, que durante tres años no fué posible hallar ni un surco útil para recibir la semilla. Y al tiempo de la cosecha la hierba agreste y la cizaña habían cubierto toda la superficie de los campos. (...)

Esta esterilidad había comenzado en Oriente; despojando Grecia llegó a Italia, de ahí se introdujo por las Galias y llegó hasta el pueblo de los anglos. Oprimidos todos entonces por la falta de víveres iban consumiéndose lo mismo los grandes que los medianos que los pobres. (...)

¡Oh, cuán doloroso tiempo! Cosa que antes nunca se había oído, la carestía impulsó furiosa a los hombres a devorar carne humana. Los que iban de camino eran comidos después de arrastrados y cocidos sus miembros por los atacantes. (...)

Entonces, para bien de los necesitados, fueron entregados los ornamentos de las iglesias y repartidos sus tesoros, guardados principalmente para esto, según dicen los decretos de los Padres. (...)

No se puede expresar con palabras cuán gran dolor, cuánta tristeza, qué sollozos y gemidos y lágrimas fueron vertidas por los que lo contemplaron, principalmente por los hombres entregados a la religión: obispos, abades, monjes y todos aquellos que temen a Dios.

(Extractos de «Rodulphi Glabri monachi cluniacensis Historiarum libri quinque», PL, CXLII, col. 675 y ss.)

—Señor, he sido educado por los monjes. Pero de ellos he aprendido mucho más que mi *trivium*. He aprendido lo que es una más alta caballería. Tu has dado mucho a los pobres y a los hambrientos durante estos tres años de escasez. Tío León, del otro lado del Sena, también ha dado mucho... Pero, señor, ¡los monjes han dado más!... Durante estos tres últimos años la puerta de San Pedro de la Celle ha estado abarrotada de hambrientos... Ni un solo siervo se alejó de esa puerta con las manos vacías. ¡Para eso, los monjes pasaron hambre! ¿Oyes, señor? ¡Ellos sufrieron hambre!

Roberto hizo una pausa y añadió:—Fué entonces cuando comencé a comprender que no era necesario llevar cota de malla o enarbolar el hacha de combate para ser valiente. Fué entonces cuando supe que hay una hidalguía más alta que la caballería misma.

Su voz era más grave:—Desde entonces, he rezado y consultado. Los monjes están dispuestos a recibirme.

Encontró Odilón cierto día, yendo por el camino público a Saint Denis de París, dos niños que, muertos de hambre y frío, yacían insepultos y desnudos en medio del camino. Había habido en aquel tiempo un hambre muy grande, que oprimiera con su magnitud casi todas las provincias de las Galias y de Aquitania. Compungido el varón de Dios ante aquel horror, descendió del caballo y buscó enterradores; y quitándose la capa de lana que llevaba tapó con sus mismas manos la desnudez de los niños, los enterró, y cumplida la obligación para con los muertos, prosiguió su camino.

En aquel tiempo y después, mientras duró la miseria, redujo el Santo a metal para provecho de los pobres muchos cálices y ornamentos notables, entre ellos la misma corona imperial del Emperador Enrique; teniendo por indigno negar tales cosas a los pobres de Cristo, por quienes El vertió su sangre. Se tiene a San Lorenzo como admirable por los tesoros de la Iglesia dados a los pobres; no nos atrevemos a comparar con él a Odilón, pero lo tenemos por el primero en esta virtud de todos los que hemos visto en los tiempos modernos. Consoló a todos los que pudo, y a los que no pudo les envió quienes se compadecieran de ellos.

No bastante para socorrer a todos en aquella hambre tan acerba, le vimos recorrer pueblos e iglesias, persuadiendo a que hiciesen limosna a príncipes, ricos y medianos, y provocándolos a misericordia con dulces palabras, y prometiéndoles por ello plenísima remisión de sus pecados. Y así ayudaba este santo varón a los que no podía mantener a sus expensas, moviendo a misericordia a los poderosos. Con ello muchos miles de pobres pudieron escapar al peligro del hambre y de la muerte.

(Extracto de la «Sancti Odilonis cluniacensis abbatis V vita», por Jotsaldus monachus, PL CXLII, col. 904, Lib. I, Cap. IX).

## AQUEL MISMO AÑO VIO NACER, AL CALOR DE LA IGLESIA, UNA INSTITUCION ADMIRABLE

...Sin embargo, eso sucedió hace cinco siglos largos: Hoy es diferente. Fijate en nuestra tregua de Dios. Piensa en nuestra caballería.

Aquel mismo año 1033 en que Dios quiso poner fin al terrible castigo del hambre que ya duraba tres años seguidos, vió nacer una de las instituciones más admirables de la Edad Media: la Paz de Dios, que luego se transformó en la Tregua de Dios.

La mano del Omnipotente abrió los ojos de muchos que quisieron desagraciar a la justicia divina. Reuniéronse en varios concilios, con este motivo, los Obispos de Aquitania y Arlés y Lyon y Borgoña y de toda Francia «para corregir los desórdenes que habían atraído la cólera de Dios, y sobre todo para impedir las guerras particulares de los señores que la plaga del hambre había por un momento interrumpido».

Oigámoslo de labios de Rodolphus Glaber, contemporáneo de aquellas asambleas: «Era lo principal tratar de la conservación inviolable de la paz, de arte que todos los hombres de cualquiera condición pudiesen sin temor andar desarmados, pues cualquier ladrón o invasor de los bienes de otro caía bajo esta ley y era castigado duramente con pérdida de bienes o con penas corporales. Tal honor y reverencia se debía a los sagrados lugares de todas las iglesias, que si alguien, cargado con cualquier culpa, buscaba en ellos refugio, podía escapar ileso, salvo en el único caso de que hubiese violado el pacto de la predicha paz; entonces, apresado aunque fuese en el mismo altar, sufriría la pena merecida. De igual modo si alguien iba en compañía de clérigo, monje o monja no sufriría violencia de nadie. Muchísimas cosas más fueron tratadas en aquellos Concilios, lo cual sería largo de referir. Pero recordemos por lo menos cómo, con el asentimiento de todos, se determinó «sanctione perpetua», abstenerse el sexto día de la semana de vino y el séptimo de carne, como no concurriera una solemnidad u obligara grave enfermedad. Si cualquier otra causa relajase, aunque fuese poco, esta regla, se sustentaría por ello a tres pobres.

En aquellas reuniones de santos se dieron entonces gran número de curaciones milagrosas. Con todo lo cual, hasta tal punto se enardecieron, que levantando el báculo al cielo los Obispos y extendiendo todos las manos a Dios, clamaron: ¡paz, paz, paz! para que esto quedase como ratificación del pacto perpetuo que con el Señor habían hecho.»

«Excomulgamos a los caballeros de esta diócesis de Limoges que nieguen o hayan negado a su Obispo la paz y la justicia que les pide. Sean ellos malditos, y los que les ayudan para el mal. Malditas sus armas y sus caballos...»

(Hist. lib. V, l. IV, c. V. PL, t. CXLII, col. 678-79).

Con estas armas triunfó la Iglesia. Así educó a los pueblos. Y los pueblos la reverenciaron como madre, y a ella acudieron como hijos que buscan el amparo maternal. Cuentan que habiéndose negado Gerardo, Obispo de Cambrai, a publicar el decreto de la Paz de Dios, tuvo finalmente que hacerlo obligado no sólo por los demás Obispos de Francia, sino especialmente por sus mismos diocesanos.

Sin embargo la Iglesia nunca ha sido partidaria de los métodos «revolucionarios». Ella ha sabido ir avanzando en el camino que le trazó su divino Fundador, pero acomodándose siempre, en cuanto ha podido, al carácter de las épocas y a la idiosincrasia de los pueblos.

La Paz de Dios significaba arrancar de raíz males que tenían ya honda raigambre, cosa difícil de alcanzar de una sola vez. Por eso cuando en 1040 se reunieron nuevos Concilios en Aquitania y Galias con el fin de estabilizar las decisiones de 1033, se acordó sustituir la Paz de Dios por la Tregua de Dios. En lugar de una lucha feroz contra las pasiones, una regularización de las mismas. «Limitar el derecho de guerra; prohibir, bajo las penas eclesiásticas más severas, aun en aquellos momentos en que las hostilidades parecen abolir todas las leyes, las acciones contrarias al derecho de gentes y a la humanidad.» «Todo acto militar, todo ataque, toda expoliación, toda efusión de sangre fué prohibida desde el atardecer del miércoles hasta la madrugada del lunes, quedando, de consiguiente, sólo para las hostilidades tres días y dos noches. Además, los días de grandes fiestas, y el Adviento y la Cuaresma, y las fiestas de los patronos, que variaban según la devoción particular de cada provincia, quedaron comprendidos también en la Tregua de Dios. No se podían elevar nuevas fortificaciones durante el Adviento y la Cuaresma, ni trabajar en las antiguas, a no ser que hubieran sido comenzadas quince días antes del principio del ayuno cuaresmal.»

Así educó la Iglesia a los pueblos. Con la Tregua de Dios reguló la pasión guerrera del hombre medieval; con la Caballería la ordenó al bien y al honor; con las Cruzadas llegó a santificar la misma guerra.



Alegoría del honor



## ASPIRO A UNA MAS ALTA CABALLERIA

Ceñidos, pues, nuestros lomos con la fé y la observancia de las buenas obras, llevando por guía las enseñanzas del Evangelio... (*Regla de San Benito*).

Es patente que hay cuatro clases de monjes. La primera es la de los cenobitas, esto es, monasterial, los cuales militan bajo una regla y un Abad.

### ALABANZA DE CLUNY

Ocho días permanecimos en Cluny. Muchos Pablos en verdad encontré allí y pude admirar a muchos Antonios, que aun cuando no habitaban la soledad nada desmerecían de los anacoretas. Comencé a fijarme atentamente en el orden de la Congregación, cómo reinaba entre ellos la benevolencia del mutuo amor, y cómo en todas las cosas se procuraba la conveniencia monástica; y al punto se sintió llevada mi alma a aquella familia de la primitiva Iglesia en cuya alabanza habla así Lucas: *Un solo corazón tenía aquella multitud y una sola alma, y tenían los bienes en común*. Al igual que en aquella primitiva familia, o mejor, que en la patria celestial, no hay allí ningún miedo a la pobreza, ni existe la carga de la miseria; allí reina la caridad, el gozo espiritual lo colma todo; a todos une la paz, a todos tolera la paciencia, la longanimidad los ordena, la fe los levanta, la paciencia los consolida, en el interior y en el exterior los mantiene limpios la castidad, la devota obediencia los purifica, se guarda inquebrantablemente el orden de la santa costumbre monástica, siempre hay allí una mortificación rigurosa y una ocupación regular. ¿Y qué decir de la observancia claustral y de la obligación del silencio? Si no es por necesidad, no osan pasear ni siquiera por el claustro, ni abren la boca para hablar si no son interrogados. En cuanto a la vileza del vestido y de las camas siguen al pie de la letra el precepto de San Benito. Tal importancia tienen entre ellos los oficios divinos, que ni un solo momento del largo día pueden ser abandonados. Tan sumidos están en los oficios eclesiásticos, que apenas pueden honestamente hablarse uno a otro según la costumbre del claustro, si no es por signos. Todo lo cual tienen hasta tal punto por necesario, que consiguen no ser notados en ninguna falta, ni la más mínima. De la igualdad de comida y de vestido, de la piadosa compasión de los enfermos y de la conveniente distribución de trabajo no quiero escribir, puesto que ni el mismo Abad, ya se halle en plena salud, ya enfermo, acostumbra tener ninguna cámara particular ni trato especial.

¡Oh noble e israelítica familia de Cristo, que abandonando la degenerada servidumbre de Egipto, atravesó in-

cólume el Mar Rojo mientras se hundía el enemigo; y venció a la soberbia Jericó con pasear a su alrededor el Arca Santa; que derrotó al cruel Nabuzardán, y al petulante Holofernes ahogó cual una nueva Judith! Vencidos ya todos los reyes, son para ella los enemigos cual una tierra de promisión, desde la cual corre presurosa con sus obras a la que mana verdadera leche y miel.

Es abundante también en aquel lugar la limosna para los pobres, y suma la diligencia con los huéspedes y extraños; ningún pobre sale de allí famélico o desprovisto. Nadie va allí que no sea saludado, o se marcha sin haber sido honrado. Pero el río de estas santas obras fluye de aquella fuente que en el sagrado pecho del Abad hizo brotar la gracia del Espíritu Santo. En esa purísima fuente sacian su sed; tal es su abundancia. Y en el libro de sus exhortaciones y de sus trabajos leen cuál debe ser la vida monástica, cómo deben cuidar del orden de las obras divinas. Porque es amable por su humildad, tratable para todos por sus costumbres, y para todos notable por la serena expresión de su rostro. Ha querido Dios que le estuviese su siervo tan sometido por el temor, y que tan fervoroso fuese por su amor, y tan notable por las flores de sus virtudes, que le ha conferido oficio pastoral en su Iglesia. Querría hablar también de la abundancia de este lugar en cosas extrañas y seculares sin las cuales nadie puede vivir: cómo están dispuestas las oficinas siguiendo el orden monástico; cómo está abovedada la inmensa iglesia, dotada de muchos altares y de innumerables reliquias, riquísima por su abundante y variado tesoro; el ingente claustro parece invitar por su misma belleza a que lo habiten los monjes; el dormitorio es suficiente y la continua luz de tres lucernas parece prohibir que se haga en él nada malo; el refectorio, pintado sin ninguna superstición y construido con santa austeridad ofrece amplio lugar para la refección de los hermanos. En todas las oficinas se encuentra el agua necesaria que fluye admirablemente y con rapidez por ocultos canales. Otras cosas diría del monasterio...

(De gallica profectione domni Petri Damiani et eius ultramontano itinere.— PL. CXLV, col. 873-75.)

## DONACION DE CLUNY



Donación de Cluny al Abad Vernon

LUNY y los territorios donde se construyó su monasterio fueron donados al monje Bernon por Guillermo, duque de Aquitania, en su testamento, que constituye por ello uno de los documentos más importantes de la Historia de Occidente. He aquí el texto fundacional:

«Para todos los que consideran rectamente las cosas, es evidente que la Providencia divina aconseja a los ricos hacer buen uso de los bienes que poseen de un modo transitorio, si quieren merecer las recompensas eternas. Esto precisamente indica y aconseja la palabra divina cuando dice: «Las riquezas del hombre son la redención de su alma.» Por esto yo, Guillermo, por el favor de Dios, conde y duque, habiendo reflexionado seriamente y deseando, cuando todavía es tiempo, procurar mi salvación, encuentro conveniente y aun necesario disponer en provecho de mi alma de algunos de los bienes que me han sido dados temporalmente. Habiendo aumentado estos bienes de manera considerable, no quiero merecer reproche a la hora de la muerte por haberlos empleado sólo en provecho de mi cuerpo, prefiero procurarme el goce de haber reservado una parte en beneficio de mi alma en el momento en que todo me será quitado. Me parece que esto no puede llevarse a cabo en forma más eficaz que siguiendo el precepto del Señor. «Me haré amigos entre los pobres.» A fin de que el beneficio no dure solamente un tiempo limitado, sino que se prolongue perpetuamente, alimentaré a mis expensas personas que vivan agrupadas y unidas por la profesión monástica, con la fe y la esperanza de que si yo mismo no puedo despreciar las cosas terrenas, por lo menos sosteniendo a aquellos que desprecian el mundo y creo justos delante de Dios «recibiré la recompensa de los justos».

Así, pues, a todos los que viven en la unidad de la fe y que imploran la misericordia de Cristo, a todos los que les sucedan y vivan hasta la consumación de los siglos, hago saber que, por amor de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo, doy y hago entrega a los apóstoles Pedro y Pablo, del pueblo de Cluny, situado en la ribera del Grosne, con su corte y su mansión señorial, con la capilla dedicada a Santa María, madre de Dios, y a San Pedro, príncipe de los Apóstoles: con todas las propiedades que de ella dependen: cercados, capillas, siervos y siervas, viñas, campos, bosques, aguas, ríos, molinos, cosechas, tierras incultas o cultivadas, sin ninguna reserva. Todo esto situado en el condado de Macon o sus alrededores y dentro de sus límites.

»Yo Guillermo, con mi esposa Ingelberga, hago donación de estas cosas a los apóstoles ya nombrados, en primer lugar por amor de Dios, luego por mi Señor y el rey Odón, por mi padre y mi madre, por mí y por mi mujer, es decir, por la salvación de nuestras almas y la salud de nuestros cuerpos, por el alma de Avana, mi hermana, que por testamento me ha hecho heredero de sus posesiones, por las almas de mis hermanos y de mis hermanas, de mis sobrinos y de todos los parientes y parientas, por nuestros fieles criados y por el sostén y prosperidad de la fe católica. Y puesto que como cristianos estamos unidos por los vínculos de la fe y de la caridad, deseo que esta donación aproveche también a los ortodoxos de los tiempos pasados, presentes y futuros.

»Hago esta donación a condición de que sea levantado un monasterio en Cluny en honor de los apóstoles Pedro y Pablo, en donde se reúnan monjes que vivan la regla de San Benito, los cuales poseerán, detentarán y gobernarán a perpetuidad los bienes recibidos, de tal suerte que esta venerable casa sea sin cesar habitada por quienes oren y se sacrifiquen: donde pueda venir a buscarse con vivo deseo y ardor íntimo el consuelo de una conversación, donde las oraciones y las súplicas se eleven a Dios sin cesar, tanto por mí como por las personas indicadas más arriba. Ordenamos también que nuestra fundación sirva a perpetuidad de refugio a aquellos que, no poseyendo absolutamente nada en el siglo, no aporten otra cosa que su buena voluntad y deseamos que los bienes superfluos que poseemos lleguen a constituir su abundancia. Que los monjes, en todas las propiedades antedichas, estén bajo el poder y gobierno del abad Bernón, el cual mientras viva los gobernará con su ciencia y su poder. Después de su muerte, que los monjes tengan facultad y libertad para elegir por abad y rector, según mejor les parezca y sujetándose a la regla de San Benito, al monje de su orden a quien prefieran, sin que podamos interponernos ni contradecir su elección religiosa. Mas quedan obligados a mandar a Roma cada cinco años, 10 sueldos de oro para contribuir a la iluminación de la Iglesia de los Apóstoles. Que tengan por protectores estos mismos apóstoles y por defensor al Pontífice Romano. Que en la plenitud de su corazón y de su alma, construyan ellos mismos, un monasterio en este lugar, según su poder y saber. Queremos aún que en nuestro tiempo y en el de nuestros sucesores, mientras lo permitan la oportunidad de los tiempos y la situación del lugar se practiquen cada día con celo ardiente las obras de misericordia para con los pobres, los indigentes, los extranjeros y los caminantes.

»Nos place también hacer constar en este testamento que a partir de este día, los monjes reunidos en congregación en Cluny, queden completamente libres de nuestra dependencia, de la de nuestros parientes, y de los intendentes reales y que no sean sometidos al yugo de ningún poder terreno. Que ningún príncipe secular, ningún conde, ningún obispo, y ni aun el mismo pontífice romano, por Dios, en Dios y todos sus santos, bajo el conjuro del día del juicio, les suplico y les ruego que no invadan estas posesiones de los siervos de Dios. Que no vendan, ni disminuyan, ni cambien ni den en beneficio nada de lo que a éstos pertenece, y que no les impongan superior ninguno contra su voluntad. A fin de que estas prohibiciones traben lo más estrechamente posible a los temerarios y a los malvados, insisto de nuevo y añado lo siguiente: Yo os conjuro ¡oh santos apóstoles y gloriosos príncipes de la tierra Pedro y Pablo!, y a ti, Pontífice de los Pontífices, que te sientas en la silla apostólica, para que excluyáis de la comunión de la santa Iglesia católica y de la vida eterna, por la autoridad canónica y apostólica que tú has recibido de Dios, a los ladrones, a los invasores, a los vendedores de los bienes que he donado con voluntad expresa y alegre corazón. Sed los tutores y los defensores de Cluny y de los siervos de Dios que permanecerán viviendo juntos y disfrutando de los bienes que tienen destinados para practicar la caridad y distribuir limosnas, y para imitar la clemencia y misericordia del Redentor.

»Yo Guillermo, hago este documento y lo apruebo con mi propia mano — Sello de Ingelberga su mujer — Madalbert, arzobispo de Burges. Adelart, obispo, — Atón, obispo — Sello del conde Guillermo, su sobrino. Firmado el 3 de los ídus de septiembre del año onceavo del reinado del rey Carlos, indicción XIII (11 septiembre 910). Escrito y suscrito por mí, Oddo, levita, en funciones de canceller.

351

## LA SANTA REGLA



Monjo cluniacense

**Prólogo**

Escucha, oh hijo, los preceptos del maestro, e inclina el oído de tu corazón: y recibe de buen grado el aviso de tu amoroso Padre y cúmplelo con eficacia, a fin de que por el trabajo de la obediencia vuelvas a Aquél del cual te habías apartado por la desidia de la desobediencia. A ti, pues, se dirige ahora mi palabra, que renunciando a tus propias voluntades, vas a servir al verdadero Rey y Señor Jesucristo con las poderosísimas y preclaras armas de la obediencia. En primer lugar, cualquier cosa buena que comiences encomiéndasela con insistente oración para que El la lleve a buen término, de manera que no tenga motivo de tristeza en nuestras malas acciones el que se ha dignado contarnos en el número de sus hijos.

Levantémonos, pues, de una vez, ya que la Escritura nos despierta diciéndonos: "Hora es ya de abandonar el sueño" (Rom. XV). Y abiertos nuestros ojos a la défica luz, con oído atento oigamos lo que nos avisa la voz divina cada día: "Si cís hoy su voz no queráis endurecer vuestros corazones" (Psal. XCIV). y más aún: "El que tenga oídos para oír oiga lo que el Espíritu Santo dice a las Iglesias" (Apoc. II). ¿Y qué dice? "Venid, hijos, escuchadme, yo os enseñaré el temor de Dios" (Psal. XXXIII) "Avanzad mientras tenéis la luz de la vida para que no os alcancen las tinieblas de la muerte" (Joan, XI) (...).

Debemos, pues, establecer la escuela del servicio divino, en cuya institución esperamos no ordenar nada riguroso ni pesado. Pero si, bajo el dictamen del sentido de equidad, conviniese algo más estrecho para corrección de los vicios y sostenimiento de la caridad, no rehuses en seguida, aterrado, el camino de salvación en el cual sólo se puede entrar por estrecho sendero. Progresando, empero, en la observancia y la fidelidad, con amplitud de corazón e inefable dulzura de amor, se recorre el camino de los divinos mandamientos. De manera que no apartándonos jamás de su magisterio, y perseverando en su doctrina dentro del monasterio hasta la muerte, participemos, por la

*A fin de darle algo más tangible, más familiar, le dijo finalmente:—Hijo, toma tu Regla como tu espada, tu escudo y tu armadura... Eso será ella para ti, muchacho, si tu vives para ella... Vive tu Regla, hijo, y no sólo vivirás seguro, sino que lo harás piadosamente. Serás un caballero de Dios...*

*¡Si vosotros queréis ser Benedictinos según el corazón de San Benito, debéis someteros a Dios como se sometió Cristo! Vuestra humildad debe ponerse de manifiesto, expresada en una completa obediencia; debéis ser suficientemente audaces, como para decirle a Dios: «¡Me rindo!» Esto y esto solamente os hará adquirir la estatura de Cristo. Esto y esto únicamente, os hará benedictinos según el corazón de vuestro Padre.*

*... La última frase del Abad fué una estocada. Decía: «¡La humildad se expresa con la obediencia, no a la simple letra de la Regla, sino a la viviente voz de la autoridad, que tiene el derecho de interpretar esa Regla!»*

paciencia, de los sufrimientos de Cristo, a fin de merecer su compañía en su reino. Amén.

**Capítulo II. Cómo ha de ser el Abad**

(...) Y sepa el Abad que será imputada al pastor cualquier merma que el padre de familia hallase en sus ovejas. Sólo quedará eximido si, revuelta y desobediente la grey, hubiere puesto toda la diligencia del pastor en remediar las mórbidas acciones de sus ovejas; entonces su pastor, absuelto en el juicio del Señor, podrá decir al Señor con el Profeta: "Tu justicia no escondi en mi corazón, tu verdad y salvación prediqué" (Ps. XXXIX); ellos sin embargo, soberbios, me despreciaron. Sea entonces la misma muerte el castigo para las ovejas indóciles a su solicitud.

(...) Ante todo cuide de no estar demasiado solícito por lo transitorio, terreno y caduco, desatendiendo o haciendo poco caso de las almas que le han sido confiadas; tenga siempre presente que ha recibido el encargo de regir almas de las cuales habrá de dar cuenta. Y para que no pueda excusarse con que hay pocos fondos en el Monasterio, recuerde lo que está escrito: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura" (Math, VI) y aquello otro: "Nada falta a aquellos que le temen" (Ps. XXXIII).

**Capítulo V. De la Obediencia**

El primer grado de la humildad es obedecer con prontitud; esta obediencia es propia de los que en el mundo nada estiman tanto como a Cristo por el santo servicio que profesaron o por miedo al infierno, o por la gloria de la vida eterna; por eso cuando el superior les manda algo lo hacen inmediatamente, como si se lo mandase Dios. Esto dijo el Señor: "Me oyó, y al punto me obedeció" (Ps. XXVII). Y a los doctores les dice: "Quien a vosotros oye, a Mí me oye (Math. X).

(...) Y conviene que los discípulos obedezcan con agrado, porque "Dios ama al que da con alegría" (II

Cor. IX). Pues si el discípulo obedece de mala gana y murmurando, aunque no sea de palabra, sino solamente en su corazón, aunque cumpla lo mandado, no será agradable a Dios que mira el corazón del que murmura, y por tal obra hecha no consigue ninguna gracia, antes bien, incurre en la pena de los murmuradores, si no se corrigiese con la debida satisfacción.

#### Capítulo VI. Del hábito del silencio

Hagamos lo que dice el profeta: Vigilaré mis caminos para que no peque mi lengua, he puesto guarda en mi boca: he enmudecido y me he humillado y hasta incluso he callado en lo bueno" (Sal. XXXVIII). Muestra aquí el profeta que si a veces se debe abstener de conversaciones buenas por amor al silencio ¿cuánto más de las malas palabras para no caer en la pena del pecado? Así, pues, aun cuando se trate de conversaciones santas y edificantes, concédase raramente licencia de hablar a los discípulos aventajados, dada la importancia del silencio, porque escrito está: "En el mucho hablar no evitarás el pecado" (Prov. X). Y en otro lugar: "La muerte y la vida están en poder de la lengua" (Prov. XIV). Pues hablar y enseñar toca al maestro, callar y escuchar al discípulo.

#### Capítulo VII. De la Humildad

(...) El primer grado de humildad se posee cuando uno, teniendo siempre ante sus ojos el temor de Dios, huye totalmente de olvidarlo y hace memoria continuamente de los mandamientos de Dios y de cómo caen en el infierno por sus pecados aquellos que menosprecian a Dios; y medita en su corazón la vida eterna que espera a los que temen a Dios.

(...) El segundo grado de humildad, cuando uno, aborreciendo su propia voluntad, no se deleita en satisfacer sus deseos sino que se ajusta en sus obras a la palabra del Señor: "No vine a hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me ha enviado."

(...) El tercer grado de la humildad, cuando uno se somete al superior con toda obediencia, imitando al Señor del cual dice el Apóstol: "Se hizo obediente hasta la muerte" (Ph. II).

(...) El cuarto grado de humildad cuando en la práctica de la obediencia, a pesar de asperezas y contrariedades e incluso de cualquier injuria recibida, uno abraza la paciencia en silencio, y manteniéndose fuerte no desfallece, tal como dice la Escritura: "Quien perseverare hasta el fin éste será salvo (Math. XIXV).

(...) El quinto grado de la humildad cuando por humilde confesión no se ocultan al Abad los malos pensamientos que pasan por el corazón o los pecados que secretamente se hayan cometido. La Escritura nos exhorta cuando dice: "Revela al Señor tu camino y confía en El (Ph. XXXVI).

(...) El sexto grado de humildad será cuando se está contento de cualquier menosprecio y humillación y para todo aquello que se le manda se tiene por indigno e inhábil diciéndose a sí mismo con el Profeta: "Me he vuelto como nada e ignorante; como bestia de carga me hallo ante Ti, y estaré contigo siempre" (Ph. LXXII).

(...) El séptimo grado de humildad, cuando uno no solamente dice con su lengua que es el último y el más vil de todos, sino que lo cree así con el íntimo afecto del corazón, humillándose y diciendo con el Profeta: "Soy gusano y no hombre; oprobio de los hombres y desecho de la plebe" (Ph. XXI).

(...) El octavo grado de humildad, cuando el monje no hace nada que no sea según la regla común del monasterio y el ejemplo de los mayores.

(...) El noveno grado de humildad, cuando el monje se abstiene de hablar y por el hábito del silencio no habla si no es preguntado, tal como enseña la Escritura: "Que en el mucho hablar no evitarás el pecado" (Prov. X).

(...) El décimo grado de humildad, cuando el monje no es propenso ni fácil a la risa, porque está escrito: El tonto en su risa levanta mucho la voz.

(...) El undécimo grado de humildad, cuando el monje al hablar lo hace suavemente y sin refr, hu-

mildemente y con gravedad, diciendo pocas y juiciosas palabras; sin estridencias de voz según está escrito: "El hombre de juicio con poco hablar se da a conocer."

(...) El duodécimo grado de humildad, cuando el monje tiene la humildad no sólo en el corazón, sino visible en su cuerpo.

#### Capítulo XX. De la reverencia en la oración

Si cuando queremos pedir algo a los hombres poderosos no osamos hacerlo sino con humildad y reverencia, cuánto más será necesario suplicar con toda humildad y devoción a Dios Señor del universo. Y no olvidemos que no seremos atendidos por mucho hablar, sino por la pureza de corazón y compunción de nuestras lágrimas. Debe ser, por consiguiente, la oración breve y pura a no ser que se prolongue por la amorosa inspiración de la gracia divina.

#### Capítulo XXXIII. Si los monjes han de tener cosa propia

Sobre todo este vicio sea arrancado de raíz del monasterio; nadie se atreva a dar o recibir algo sin permiso del Abad, ni tener cosa alguna como a propia, ninguna en absoluto: ni un libro, ni tablillas, ni estilete, ni nada absolutamente; como es propio de hombres a quienes ni el cuerpo ni la voluntad les pertenece; todo lo necesario deben esperarlo del Padre del Monasterio.

#### Capítulo XXXIV. De la cantidad de alimento

Creemos que basta para la refección cotidiana, tanto de la hora sexta como de la nona, en todas las mesas, con dos platos cocidos distintos para que se alimenten con uno u otro según las necesidades de cada uno. Por consiguiente, dos platos cocidos bastarán a todos los hermanos y si se encuentra fruta o verdura se añadirá este otro plato.

Con una buena libra de pan tendrán suficiente para todo el día, tanto si se hace una sola refección como si se come y se cena. Los días que se tenga que cenar el mayordomo reservará la tercera parte de la susodicha libra para darla a los que cenen. En caso que el trabajo haya sido más pesado entrará en la discreción y poder del Abad añadir algo más si fuera necesario.

#### Capítulo XLVIII. Del trabajo manual de cada día

La ociosidad es enemiga del alma y por eso conviene que en los tiempos señalados los hermanos se dediquen, ya al trabajo manual, ya al estudio de las cosas divinas.

El domingo lo dedicarán todos a la lectura, excepto aquellos monjes que estuviesen ocupados en otros servicios. Si alguno sin embargo, fuese tan negligente y desidioso que no quisiera o no pudiera meditar o leer, encárguesele hacer un trabajo para que no esté ocioso. A los hermanos enfermos o delicados encárgueseles un trabajo u oficio tal, que no estén sin hacer nada, ni les sea tan pesado que lo dejen. El Abad es el que tendrá que apreciar su debilidad.

#### Capítulo XLIX. De la observancia de la Cuaresma

Aunque la vida del monje en todos tiempos ha de ser digna de la observancia cuaresmal, sin embargo, como sea que esta virtud no todos la tienen, por eso recomendamos que en la cuaresma guarden su vida en toda puridad, expiando también en estos días santos las negligencias de todo el año. Esto lo haremos dignamente si evitamos toda culpa y nos entregamos a la oración con llanto penitente, a la lectura y compunción de corazón y a la abstinencia.

#### Capítulo LXXIII. Que en esta regla no está comprendida la práctica de toda perfección

(...) Tú, cualquiera que seas, que anhelas la patria celestial, cumple ayudado de Cristo esta ínfima Regla que hemos escrito como un breve principio; y después con la protección de Dios podrás alcanzar aquellas cimas de doctrina y de virtudes de que hablabamos hace poco. Amén.

## CONCIENCIA SOCIAL Y ESPIRITU DE REFORMA

## I

## HUMILDAD SOCIAL

*El hombre es realmente maduro  
cuando comprende que pertenece a Dios.*

**«Es grande mi tristeza  
e incesante el dolor de mi corazón»**

«El espíritu burgués —decíamos no ha mucho en estas mismas columnas (1)— sólo puede desaparecer si el hombre atiende a una regeneración personal por la caridad y, en consecuencia, por la humildad.»

La filosofía llamada moderna ha insistido mucho en el carácter esencialmente doloroso y trágico de la existencia humana. Sin duda esa referencia constante al sufrimiento ha adquirido en ocasiones una significación de pura vanidad y hasta incluso de aberración masoquista.

Pero a pesar de todo, el hombre se rebela contra el dolor. El burgués, por ejemplo, huye de lo que pueda robarle la tranquilidad y hacer desaparecer su pueril optimismo. De esta suerte el burgués acaba siendo radicalmente incapaz de sufrir. Su existencia consiste en una asombrosa preparación de medios estratégicos ordenados a hurtarse al dolor.

Seguramente ésta es una de sus preocupaciones esenciales. Ahuyentando el dolor ha sofocado la llama de la vida, y por este camino, lo que el burgués cree un triunfo ha venido a ser una incapacidad; por no querer sufrir, está *imposibilitado para amar* de veras.

Pudiera ser que el burgués haya adivinado algo de lo que se encierra tras de esa misteriosa realidad humana que estriba en «padecer». Quizás por eso se manifiesta tan reacio a entregar su persona y su corazón. En todo caso, él, que pretende saber vivir tan bien, no parece haber comprendido a fondo la vida. ¿No es paradójico?

Una entrega total bordea siempre el fracaso; cuando el corazón está tenso y vibrante arrostra el riesgo de partirse. He aquí a lo que nunca se atreverá el espíritu burgués: a amar demasiado. Probablemente esto es lo que ha comprendido: que el dolor sigue al amor (2).

Entonces tiene lugar otro fracaso, el suyo, que adquiere proporciones catastróficas, porque únicamente el fracaso que acompaña al sufrimiento es regenerador y fecundo en la medida en que comporta una salud superior.

También la educación tiene su fracaso; el más serio y lamentable de todos estriba en hacer del hombre un burgués. Tarea perversa y carente de humanidad, la de ir embalsamando poco a poco el corazón hasta impedirle alcanzar incluso aquella trágica situación en la cual, con vida y todo, sentiría el silencio de este epitafio sepulcral: «¡Aquí yace la esperanza!» (3).

Ni siquiera esto, que sería por lo menos, una posibilidad de despertar de la muerte y de notar la huella de la miseria humana.

**«Cor sapientium ubi tristitia...»**

El dolor sigue al amor y nos hunde realmente en la verdad, que en última instancia ha de ser gozosa. No sólo en el dolor, pero también en la angustia, la persona ha de templar su alma (4). Cuando al hombre se le presenta sin

remisión la inquietante aporía, se sentirá abocado a la desesperación o al consuelo (5), pero habrá llegado a un «clima» del más alto valor vital y espiritual. Sólo buscará la fuente de aguas vivas el que haya sentido en sus entrañas espirituales el reseco de la sed. Hay que enseñar a tener sed, esa sed de amor que han experimentado en grado supremo los santos.

Constituye una aventura, no cabe duda, a través de una experiencia peligrosa. El arma, como se suele decir, tiene dos filos. Ya advierte Santo Tomás (6) que el dolor puede conducir a la estupidez en el peor de los casos. De aquí que sea necesario canalizar y sublimar la pesadumbre del alma (7). Esto sólo de un modo es posible: por la humildad y por la oración.

Si el placer se acrecienta comunicándolo, abriendo el espíritu en expansión cordial de alegría, la tristeza del corazón, por el contrario, disminuye al difundirse (8). Se requiere un temple sobrehumano para llevar adelante en soledad el peso del propio dolor. Así se explica la amargura de quien no es comprendido en su insondable sufrimiento. En última instancia, siempre tendrá vigencia la triunfal decisión: «Hágase la Voluntad de Dios y no la mía»; resumiendo así caridad, humildad, oración y sabiduría. El hombre sólo puede descansar su «padecer» en este diálogo, donde reconociendo, *humilde*, su mezquina condición, se eleve, sin embargo, por el asombroso contacto de la *plegaria*, a la verdadera *amistad* con Dios, fuente de todo saber.

En esto consistirá la contemplación, siempre deleitable, porque en ella no se conoce lo que contraria al corazón, sino que justamente se admira lo que se ama (9). Será un saber teñido de repugnancia y de dolor por el pecado, la conciencia del cual, auténtica sabiduría, ha perdido lamentablemente, como insistíamos en otra ocasión (10), repitiendo al Papa Pío XII, la época presente. En esto último radicaría el *pesimismo* de la Iglesia, pero consecuentemente en aquello primero se apoyará su proverbial *optimismo*.

**«Os daré un corazón de carne»**

La dificultad está en aceptar el hecho doloroso de que la vida sea un sacrificio. Si a pesar de todo resulta que es así y que es cierto que en la carne y en la sangre es donde se puede sacrificar, habráse de hacer la persona carne viva donde sentir la mordedura de sus anhelos y de sus fracasos.

En esta línea de pensamiento podrían situarse estas palabras cargadas de convicción:

«He pensado en eso —respondió Esteban lentamente (11). —Pero Bernardo debe acostumbrarse a tener *roto el corazón*. Parece que parte de la técnica de Dios al esculpir

(5) *Ibid.*, q. 37, a. 1, ad 1.

(6) *Ibid.*, a. 2.

(7) *Ibid.*, ad 1.

(8) *Ibid.*, q. 38, a. 2.

(9) *Ibid.*, a. 4 c. y ad 1.

(10) *Vid. CRISTIANIDAD*, n.º 150, art. cit.

(11) El diálogo que reproducimos está tomado de la novela *Tres monjes rebeldes* de M. Raymond, O.C.S.O., y puesto por el autor en boca de San Esteban, fundador de la Orden del Cister, y de un viejo guerrero incorporado al monasterio. Ed. Difusión, B. Aires, 1945, pág. 294.

(1) *CRISTIANIDAD*, n.º 150, el art. «Espíritu burgués y espíritu de cruzada».

(2) *Santo Tomás*, S. Teol. I-II, q. 35, a. 3, ad 2.

(3) Como finge el romántico Larra en su «Día de Difuntos de 1836».

(4) *Santo Tomás*, loc. cit., ad 1.

sus santos, Gauldry, es romperles el corazón una y otra vez; mas sólo para moldearlo de acuerdo con el suyo. ¿Quién sabe si ése no es el secreto de los siete puñales que están clavados en el Inmaculado Pecho de María?

»—La santidad cuesta, ¿no es cierto? —fué la pausada pregunta que hizo el guerrero, cuyos ojos miraban a distancia.

»—*Si —contestó rápidamente Esteban—. Cuesta mucho, pero el precio siempre está al alcance de nuestros bolsillos. No la adquirimos, no porque seamos pobres, sino porque somos mezquinos. ¡No queremos pagar el precio! He aquí un perfecto ejemplo de lo fácil que es adquirir santidad, si queremos. Esta separación entre Bernardo y Hugo será dolorosa. Ellos tendrán que reaccionar natural o sobrenaturalmente. Pueden fomentar ese dolor, amohinarse, gruñir y lamentarse sobre la soledad y la falta de amor de la vida religiosa; o pueden sonreír exteriormente aunque interiormente sufran; pueden darse ánimo uno a otro al despedirse, rogando secretamente a Cristo que la pena que agobia sus almas arda como incienso en el brasero de su Sagrado Corazón, ofreciendo a la Divinidad un acto de reparación y alabanza. El hacer esto no calma el dolor. No, por cierto. A menudo lo aumenta por la negación del alivio que representa la expresión exterior del dolor humano. Tú sabes ya cuál de los dos caminos es el bueno. Sabe cuál de ellos hace al hombre de Dios y cuál al monje tibio. Sí, Gauldry, la santidad cuesta; pero siempre podemos pagar el precio. La única pregunta es esta: ¿lo pagaremos?»*

Fijémonos en la densa textura de este diálogo, que se refiere a la manera de esculpir el corazón de un santo. Parece que aquí nada tiene que ver la obra del cincel. Es el martillo y el yunque quienes preparan el trabajo. Después todo estriba en la calidad de la fundición. Permanecerá en el fuego hasta que surja moldeado del fuego mismo y en el fuego se conserve nítida su forma y al fuego deba su más íntima reciedumbre.

Si el dolor es el medio de llegar a esta sabiduría más alta que es la santidad, el amor es donde se teje la trama de ese dramático acercamiento al Espíritu de Dios. Entonces seguramente es cuando se da aquella sincera naturalidad del santo ante la eterna gravitación de la Voluntad divina.

El martillo va a enseñar a la persona a ser humilde, posibilitando su periódica inmersión en el fuego purificador.

Mas ¿qué significa la presencia de este Gauldry, viejo guerrero curtido en mil combates, ante Esteban, el santo fundador?

Ahora es un monje más. Como tantos otros ha respondido a la llamada de su conciencia que le dicta una nueva ocupación, una nueva hidalguía, quizás una nueva misión social que cumplir.

¿Qué misterio puede encerrar esta conversión? ¿Acaso va a ser más fructífera su nueva existencia que la que pudiera llevar a cabo combatiendo a los infieles con las armas en la mano?

No se trata de eso. El viejo Gauldry ha sido arrastrado por el hervor de una fe viva. Con una fe comparable hubiera podido seguir otro camino donde su persona resultase de una comparable fecundidad. Pero probablemente en aquel instante el camino, su misión, su puesto, su verdadero engranaje como pieza insustituible de aquella sociedad medieval, estaba allí, en la oscura existencia de monje entregado a la penitencia y a la oración.

Gauldry sintió, sin duda, que junto a Esteban cumpliría con su destino y con el de los demás. Humildemente era consciente de su papel en la sociedad.

¿Querrá decir esto, en resumidas cuentas, que hemos de buscar el dolor? De ninguna manera hubiéramos deseado caer en esta afirmación. La consecuencia de ello sería un aparatoso rebrotar de las más variadas formas del dolor fingido. La sublime petición del santo se sitúa en el plano

(12) S. Teol., I-II, q. 38, a. 4.

superior, pero no irreductible, de una fervorosa imitación de Cristo. Se trata entonces del gozo del martirio que señala Santo Tomás (12), refiriéndose al deleite por la contemplación de lo divino acrecentada en tan glorioso trance.

El hombre tenderá siempre a apartarse de todo sufrimiento porque sus actos están dominados por el ansia de felicidad. Pero como es irremediable que en la vida se encuentre con él, es necesario que sepa soportarlo con entereza. En ningún caso debe despreocuparse banalmente. Si consigue enfrentarse con el dolor habrá empezado su heroica transformación.

#### «Aprended de Mí que soy humilde de corazón»

No, no se trata de hacerse monje, sino de que cada cual, cada persona ocupe su lugar, que sepa amar y sufrir en la medida en que le corresponda. Porque esto es lo que al hombre se le pide, que viva de acuerdo con su calidad vital, es decir, que sea sinceramente lo que es, lo que debe ser; no más, pero tampoco menos.

Una tal existencia tendría el vigor inmarcesible de la virtud, que es la perfección de la vida humana. Y la virtud, meta e ideal, es también un camino y una transformación. La aspiración de la perfecta caridad ha de sostenerse con la práctica de la humildad, camino de sabiduría, preparación para la fe viva.

Si la Metafísica hubiera llegado hoy a percatarse de esta profunda necesidad (13), no menos la sociedad misma habría de sentir una repercusión de tal indigencia. Ya en la Edad Media se levantaban voces pidiendo *más fe*, siendo así que hasta nosotros ha llegado el hábito de pureza con que entonces se mantenía en el corazón esta virtud. ¿Qué vamos a pensar, pues, de nuestro tiempo?

Todos los males arrancan de esta deficiencia. La falta de fe se halla latente y hasta patente en los individuos y en la sociedad. La indiferencia, la incredulidad, el espíritu burgués están más arraigados de lo que uno puede pensar a primera vista. Más tarde será falta de humildad y, en consecuencia, de *conciencia social*. Finalmente el círculo queda cerrado: en efecto, por la soberbia «el entendimiento rechaza el sometimiento a la fe» (14). Al contrario, la humildad salva precisamente los obstáculos que impiden al espíritu acercarse a la verdad. A fin de cuentas, la verdad se alcanza dejando a las cosas donde están; ellas mismas van luego transparentando su ser.

Siempre se tratará de una cuenta que tienen pendiente las criaturas con su Creador. La indigencia del hombre es radical porque tiene su origen en el mismo comenzar de su existencia. La creación fundamenta la humildad ontológica de todo lo que hay (15). No olvidemos que se trata de una producción de la nada; ni siquiera es ontológicamente posible apoyar nuestras pretensiones de independencia en una materia preexistente, en la cual arraigar algo de nuestra existencia.

Pero —viene a decir el Doctor Angélico—, no vayamos a caer paradójicamente en una situación igualmente perniciosa por un exceso de humildad, que ya no sería sino humildad mal entendida. En este caso —y las palabras de Santo Tomás hasta tienen, según nos parece, un deje de ironía—: «el hombre, desconociendo su dignidad, se compara con los asnos necios haciéndose semejante a ellos» (16).

No creemos que sea disparatado decir que no son pocos los que han procedido y proceden cómodamente con arreglo a esta clase de humildad.

Ahora bien, si el hombre ha de aceptar y sentir la responsabilidad que el honor y la dignidad de su naturaleza le confieren, en ningún caso ha de desorbitarla. A la humil-

(3) Vid. *CRISTIANDAD*, n.º 143, el art. «Humildad ontológica, humildad personal y humildad social», por Jaime Bofill.

(14) *Santo Tomás*, S. Teol., II-II, q. 4, a. 7: «Humilitas (removet) autem superbiam, per quam intellectus recusat se submittere veritati fidei».

(15) *CRISTIANDAD*, n.º 143, art. cit.

(16) *Santo Tomás*, S. Teol., II-II, q. 161, a. 1, ad 1: «homo honorem suum non intelligens, comparat se jumentis insipientibus, et similis fit illis».

## PLURA UT UNUM

dad le corresponde instalar al hombre en sí mismo, sin pretender así lo que está por encima de él (17).

Lo cual no quiere decir que el hombre no se haya de dejar llevar por el ideal de lo grande, de lo excelso, de lo sublime, porque en primer lugar hay una virtud que consiste en eso mismo, la magnanimidad; pero en segundo lugar, justamente pertenecen a la humildad dirigir el espíritu hacia lo más grande que pueda existir, siempre y cuando se confie en el auxilio divino, porque cuanto más el hombre se exalte hacia Dios, más profundamente humilde permanecerá sujeto a El (18).

### Humildad y conciencia social

Por eso lo primero que tiene que hacer la persona es conocerse y conociéndose en su limitada y al mismo tiempo excelsa condición, guiarse o dejarse guiar hacia la vida perfecta. Para ello todos los tiempos en último extremo han tenido sus maestros, sus educadores, bien actuando desde la plaza, o bien orando en la soledad de una celda.

Evidentemente estos educadores deben de haber sentido la vocación de una misión social bien definida en la mayoría de los casos. Han pretendido llevar a la sociedad, de la cual la persona forma parte, por el camino viable que lógicamente apuntaría al progreso y salvación que ellos han entrevisto en su mente y en su corazón.

Precisamente por eso cabe preguntar ahora ¿cómo han previsto la orientación del camino? Para intentar una respuesta, bueno será retroceder un poco para echar a andar a partir del hombre mismo.

La persona está constitutivamente vinculada a la sociedad. No creemos que sea necesario mayor insistencia en este punto. Únicamente advertir que este vínculo es una relación real, fundada en algo real en el seno de la entidad ontológica de la persona. Por lo tanto, la presencia de ésta respecto a sí misma irá teñida, en el mejor de los casos, de una presencia de los otros miembros en cuanto constituyen el grupo social, al que está ordenada la persona.

Una tal presencia habrá de quedar plasmada en lo que llamamos conciencia. En el primer caso será sólo individual, pero en el segundo este darse cuenta recibirá el calificativo de *social*. Aun más; así como la conciencia moral del individuo apunta decisivamente al bien, del mismo modo la conciencia social consistirá en una acuidad especial de la persona para ver delimitados los fines de la sociedad, su bien, su progreso auténtico y en definitiva el camino de su salvación.

Aquí se apoya la importancia fundamental de la formación de una conciencia social. Y no exclusivamente en los educadores, en este caso los gobernantes, sino también en cualquier persona; porque la conciencia social se requiere como elemento indispensable para la prudencia política que corresponde, nótese bien, tanto al conductor de hombres como al último de los ciudadanos.

Queremos decir que cada cual ha de cumplir su destino y ha de percatarse, en consecuencia, de lo que debe y de lo que se le debe en justicia. Esta será siempre la perspectiva bajo la que habrá de enfocarse la resolución de los problemas que a la sociedad se la plantean. Mientras no se comprenda y se sienta que la persona tiene un valor que los hombres no pueden tasar en sus contratos; mientras este tesoro no sea apreciado en todo lo que es y vale, no existirá la más remota posibilidad de encontrar remedio a la tragedia del hombre, que alcanzará irremisiblemente su propia destrucción, de continuar devorándose a sí mismo.

La persuasión de que hoy la persona es valor en papel, y a mayor abundamiento, depreciado, conducirá al educador a asentar su tarea sobre la base firme de una

regeneración de la sociedad, procurando primordialmente formar la conciencia social.

Se dirá que nunca el ciudadano ha dejado de sentirse miembro de la sociedad. La verdad es que ciertas épocas han asistido a una vigorización de este sentimiento; en cambio otras han visto cómo experimentaba una grave debilitación.

Pero esto, con importar mucho, no es todo. Nos referimos ahora a algo más que al mero hecho de saberse ciudadano. La conciencia social ha de llegar hasta la captación del bien de la sociedad; de lo contrario ni es conciencia, ni es social. Sólo llegando a la recta voluntad de este bien se salvaría la persona en la sociedad y la sociedad en la persona.

El bien de la sociedad habrá de anteponerse al bien de la persona en la medida en que al bien común se subordina el individual, como al todo la parte (19). Lo cual está muy lejos de abonar un totalitarismo al uso. El bien de la persona se ha de realizar en la comunidad, *pero se refiere en cualquier caso a Dios*.

Si la sociedad interfiere esa corriente, esa comunicación, esa relación de la persona con su Creador, automáticamente ésta pasa a situarse por encima de la sociedad misma en cuanto que la consecución de su fin último no puede quedar frustrada.

La conciencia social, por lo tanto, significa ni más ni menos, un advertir esta doble dimensión de la persona y sobre todo vislumbrar los medios que en cada caso han de ponerse para que esas dimensiones lleguen a adquirir las proporciones adecuadas.

### Del sufrimiento a la plenitud

El fin de la ley es hacer buenos a los hombres, hacerlos virtuosos en una palabra (20), porque se ordena al bien común (21), y el bien común se nutre del bien personal (22). Con todas las extraordinarias consecuencias que esto encierra; tan extraordinarias como enorme y trágico es el destino de aquella sociedad que se desarrolla al margen de este proceso, pues correría la misma suerte que el hombre abandonado a sí mismo: arrostraría el riesgo de su destrucción por una especie de canibalismo social, si se nos permite la expresión.

No en vano lo que reclama toda la sociedad por el solo hecho de constituirse es *justicia*, que es dar a cada uno lo suyo; por lo pronto a Dios lo que es de Dios; y esto es la Religión.

Por otra parte, aun cuando la salvación del hombre es un asunto puramente personal, sin embargo está entablado entre personas y no puede realizarse sino en sociedad, a través de una sociedad, en el seno de la Iglesia. El trato con Dios se da desde un primer plano único, y al mismo tiempo en una comunión salvadora. La existencia humana está trazada sobre estas dos perspectivas: la soledad y la escuela, donde se constituyen los fundamentos de la verdadera sabiduría.

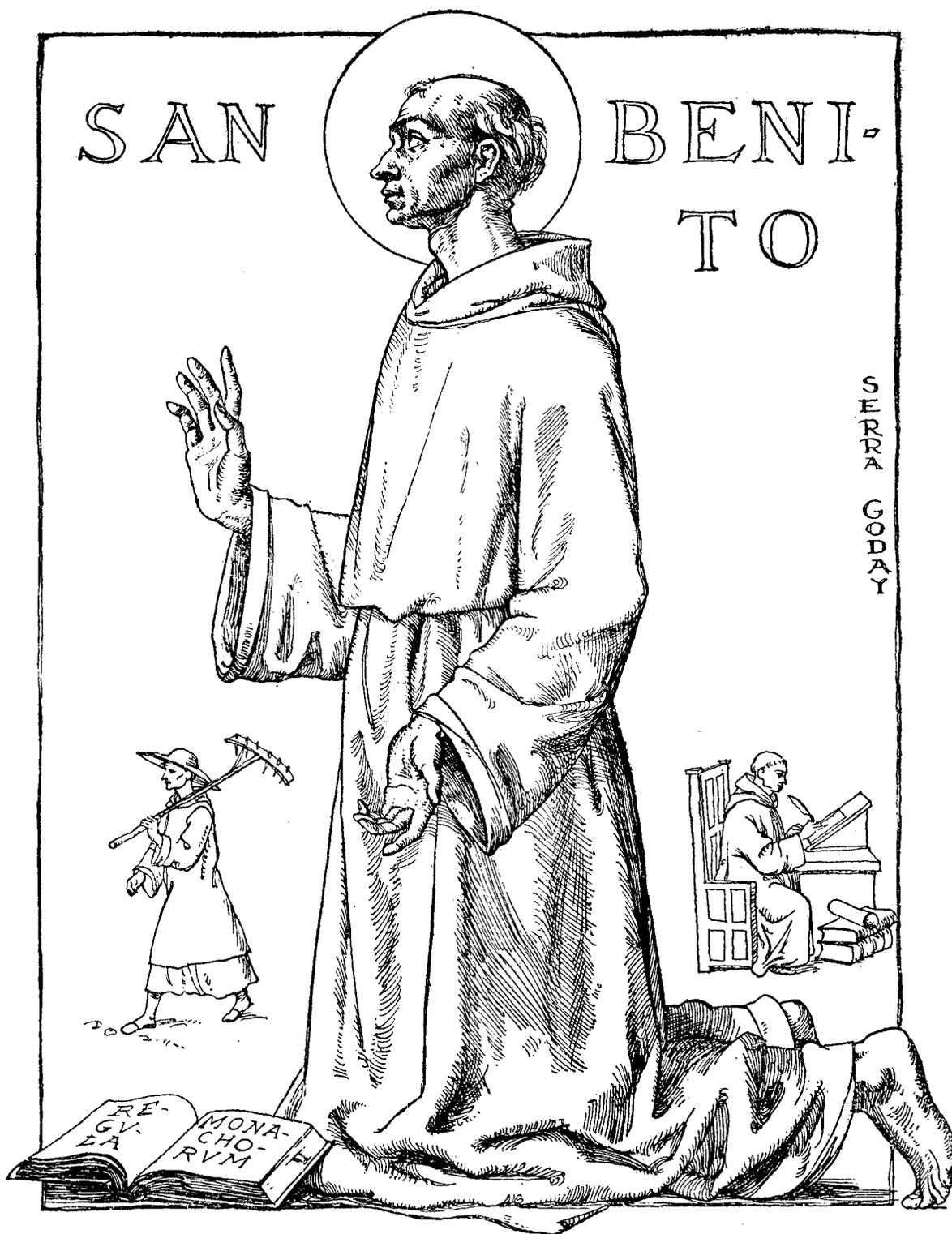
Entonces puede ser posible que, cuando tenga lugar la crisis del dolor y de la angustia, esa penosa circunstancia del espíritu quede transformada por el bálsamo del consuelo, ya que el dolor, como antes decíamos, disminuye con el diálogo.

En nuestro tiempo la conciencia social parece haberse dormido, a pesar de ciertas apariencias que quieran manifestar lo contrario. Se dan, con todo, inmejorables condiciones, desgraciadamente, para que dicha conciencia emerja con fuerza del fondo del cuerpo social y de la persona, una vez que todos y cada uno carguen con su responsabilidad, que no es poca.

(Acaba en la página 372)

(17) *Ibid.*, a. 2.  
(18) *Ibid.*, ad 2.

(19) *Ibid.*, q. 58, a. 12.  
(20) *Ibid.*, I-II, q. 92, a. 1.  
(21) *Ibid.*, q. 90, a. 2.  
(22) *Ibid.*, II-II, q. 58, a. 5.



*At te ergo nunc meus sermo dirigitur, quisquis abrenuntians propriis voluntibus Domino Christo vero Regi militaturus, obedientiae fortissima atque praeclara arma assumis.*

*A ti se dirige mi llamamiento, quienquiera que, renunciando a tu propia voluntad, vas a militar bajo las banderas del verdadero Rey Cristo Nuestro Señor pertrechado con la excelsa y poderosísima arma de la obediencia.*

# LOS PELIGROS DE LA IGLESIA

## EL PAPADO SUFRE INFLUENCIAS EXTRANJERAS

Cuando la casa de Tusculum dominó el trono papal, empezó a sentirse intranquilo. Cuando Benedicto VIII murió en 1024 y su hermano Romanus, a pesar de ser todavía seglar, fué elegido para sucederle, Teodorico se enfureció. Pero Romanus, como Juan XIX, aun no siendo un santo pontífice, era de limpia moral. Había muerto esa semana. Y cuando la noticia de que Theophylactus, su sobrino de doce años de edad, ocuparía su puesto, llegó a Teodorico, su indignación no tuvo límites.

En estos momentos, la Iglesia necesita combatientes, hijo. Los necesita mucho. Tal como lo recordaste la otra noche, ha habido no hace mucho una elección en Roma... Tenemos ahora un nuevo Papa... su nombre es Benedicto IX... ¡Pero antes era Theophylactus!

## EL PAPA SE EMANCIPA DEL EMPERADOR

### Un peregrino y un monje

Van camino de Roma. La gravedad de sus semblantes trasluce lo hondo de sus preocupaciones. Especialmente el peregrino parece abrumado. Oran, ayunan y ponen todo empeño en pasar desapercibidos. Al llegar a la villa de Aosta, el desolado peregrino siente una gran consolación porque entre suaves armonías oye una voz celestial que modula dulcemente a su oído: «Dice el señor: mis pensamientos son de paz y no de venganza, me invocaréis y os oiré y os reuniré desde todos los lugares de la cautividad» (1). Reconfortado con esto, más seguro que nunca del auxilio divino, continúa el viaje. Bien necesitaba de este consuelo, porque el empeño en ocultar su personalidad resulta inútil. Sin tener en cuenta su humilde traje de peregrino, multitudes le cercan y le aclaman como Soberano Pontífice y de todas partes acuden para formar su escolta. Una mujer se destaca de entre todos y en nombre del Señor, le dice: «Desde el momento que pises la Iglesia de los Apóstoles no olvides esta palabra del Señor: PAZ EN ESTA CASA Y A LOS QUE LA HABITAN», y la mansedumbre con que recibe este aviso no desmiente la humildad de corazón que trasluce su semblante. Agrada a Dios tanta humildad y la realza con un milagro.

«Al llegar con su numeroso cortejo a las márgenes del Taro, el río iba tan crecido que era imposible vadearlo. Más contrariado por los que le siguen que por sí mismo, invoca al socorro del cielo, y bendice una capilla de San Juan que acababan de construir allí. Apenas acaba de bendecirla, la corriente empieza a disminuir, y al poco rato pueden vadear el río con toda seguridad. Todos consideran el hecho como milagroso, y el peregrino, cada vez más turbado ante el acatamiento y admiración a que no cree tener derecho, se aflige porque no encuentra manera de evitarlo. Al acercarse a Roma, toda la ciudad sale a recibirle cantando himnos, y entonces, él, resueltamente, los esquiva a todos y con los pies desnudos se dirige a un lugar apartado donde puede recogerse en Dios sin oír los aplausos y ovaciones» (1).

### La asamblea de Worms

¿Quién es este peregrino que pone en vilo poblaciones enteras? ¿Cuál es la causa de su intensa preocupación? ¿Por qué esquiva con remordimiento el título de Pontífice y las aclamaciones que como a tal le prodigan sin cesar?

Para darnos cuenta de lo fundado de su conducta es preciso retroceder un poco y situarnos en la última asamblea que ha celebrado en Worms el emperador.

Enrique III está muy lejos de tener la despreocupación religiosa de su padre Conrado II. Desea sinceramente el bien de la Iglesia, pero exagerando sus facultades, se irroga sobre ella una tutela que prácticamente la coloca a merced del imperio. Ciertamente que no todo es culpa suya. La herejía de las investiduras laicas ha puesto tan bajo el nivel moral de los obispos, que no sólo le han dado la facultad de elegir Papa, sino que, de no querer usarla, conserva el privilegio de que la elección no es válida sin su consentimiento.

Como es natural cree más favorable para él que los papas sean de su país, pero la muerte misteriosa de Clemente II y Dámaso II, hechuras suyas, le demuestran que por el momento no puede pensarse en un Papa alemán. Ahora que la muerte de Gregorio VI ha despejado la situación, cree llegado el momento de que una elección acertada dé al Pontífice autoridad para que con mano firme establezca la posición de la Iglesia, evitando los vaivenes y sacudidas a que la someten la pugna del emperador y las familias nobles de Roma para asegurarse los gajes del Pontificado. Reúne en Worms una Asamblea y cree que entre los reunidos, Bruno, ejemplar obispo de Toul, alemán por su padre y francés por su madre, está dotado de la virtud y sabiduría que el caso requiere. Sólo su expreso deseo coacciona prácticamente a todos los concurrentes, y Bruno es aclamado por unanimidad.

«Como el piadoso obispo no espera nada semejante, al ver que se le elige para llevar la carga de honor apostólica, su humildad se alarma, lucha largo rato para que esta dignidad no le sea impuesta; pero viéndose apremiado más y más, pide un plazo de tres días para reflexionar y los pasa en oración y ayuno» (1).

A un santo no le fascina el esplendor de la tierra, antes le abruma el peso de la responsabilidad; después de haber ayunado, confiesa públicamente a la asamblea sus pecados para que, a la vista de sus debilidades y de su indignidad, retiren su elección. Su acto produce el efecto con-

(1) Wihert, archidiacono de Toul, contemporáneo de León IX.

trario; vuelve a ser aclamado con más entusiasmo que antes.

Recibe las insignias, pero no está convencido. Es fiel vasallo, deudo y amigo del emperador, pero se inclina más a la opinión de Hugo, el santo abad de Cluny, y de Hildebrando, consejero y auxiliar de Gregorio VI, pues ambos «celosos de la pureza y libertad de la Iglesia le han declarado» QUE NO ES APOSTÓLICO (PAPA) SINO APÓSTATATA EL QUE, APOYADO SÓLO EN LA ORDEN DEL EMPERADOR, SE APODERA DEL PONTIFICADO (1). Este era, por otra parte, el eco de sus sentimientos íntimos. Desde el primer momento su rectitud le había mostrado el vicio de nulidad de la elección imperial, por lo que sin mayor inconveniente, no sólo guarda las insignias pontificias que ha recibido de Augusto, sino que aun escondiendo su dignidad episcopal bajo el hábito de peregrino, coge el bordón y en compañía del monje Hildebrando, uno de los que le ha ilustrado con sus consejos y tiene el sello de rectitud y ascetismo aprendidos en Cluny, emprende el viaje a Roma.

Hemos visto que su precaución resultó inútil. Se había hecho pública la asamblea de Worms y su nombramiento, y en el peregrino que se dirigía hacia Roma, el pueblo adivinó muy fácilmente al pontífice León IX.

Como de entre todos él es quien considera menos válida su elección, por esto le agobian y afligen las aclamaciones que cree usurpadas, pero no le abandona la gracia de Dios que continúa confortándole con sus consolaciones. Al huir la apoteósica acogida de los romanos: «¿Quién podrá imaginar o mejor dicho, quién podrá explicar los amorosos transportes de su corazón en la plegaria y la abundancia

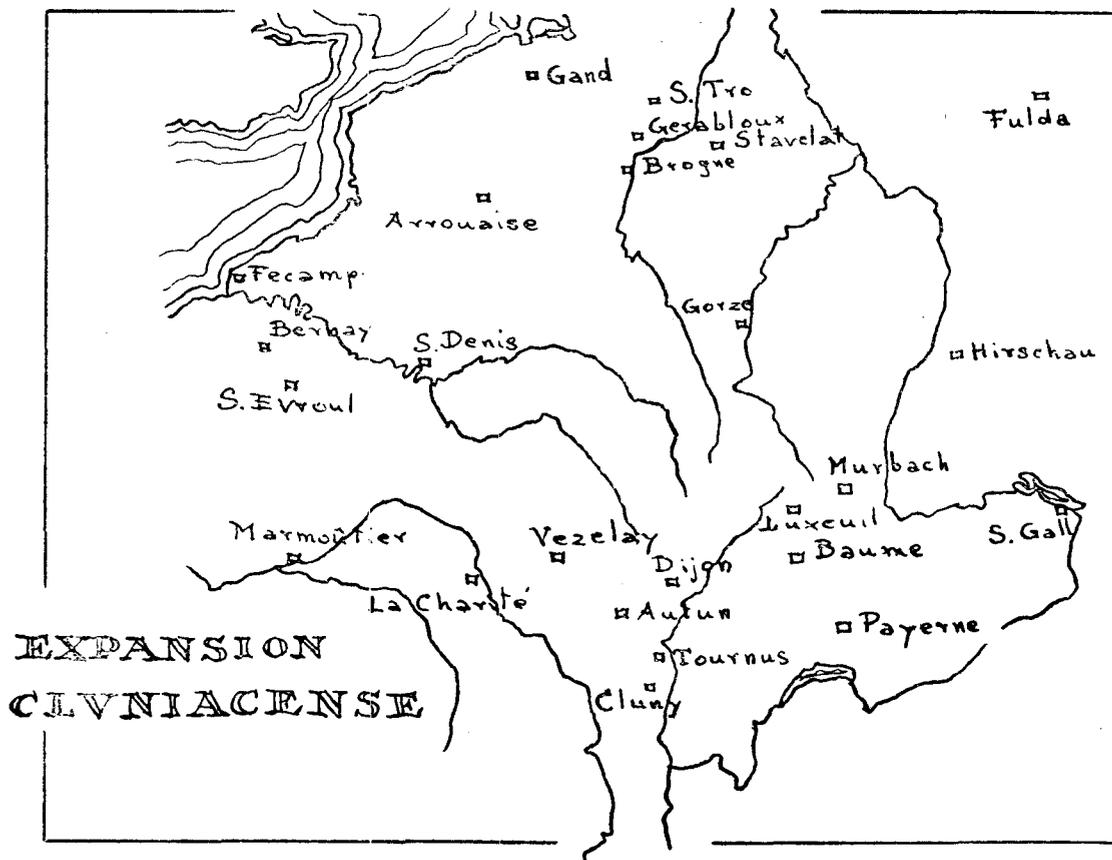
de lágrimas que derramaron sus ojos en íntima unión con Dios?» (1) Consciente de la carga que puede caer sobre sus hombros, sin ambicionar los honores y sin rehuir las responsabilidades

«se ofrece a Cristo como una hostia viva» y «habiendo llegado a la Iglesia de los Apóstoles dirigiéndose al clero y al pueblo romanos, les dice: «Hermanos míos: He venido a Roma por devoción y para cumplir vuestras órdenes» (2). Explica en pocas palabras cómo el emperador le había elegido para la difícil misión de Pontífice, y seguidamente pide que le den a conocer su voto, sea el que sea. Declara explícitamente que sólo ellos tienen la autoridad canónica que da validez a la elección, y, por tanto, que él volverá a su país si no le eligen por unanimidad. Habiendo comprobado que todos le aclamaban, habló de nuevo recomendando un cambio de vida, y acabó pidiendo para él las oraciones y las bendiciones de todos.

Así, con el auxilio de la gracia de Dios y el beneplácito universal, fué consagrado el primer domingo de Cuaresma (12 febrero 1049) y elevado a la suprema dignidad de Pontífice Romano.»

La energía serena y mansa de Bruno de Toul, León IX, determinó en sentido favorable a la libertad de la Iglesia la crisis en que esta libertad se debatía, y definitivamente, el Papa quedó emancipado de la autoridad imperial. Cuando es elegido León IX, no han pasado muchos años, pero quedan ya muy lejos los tiempos en que las rivalidades de Túsculos y Crescencia permitían los escándalos y abusos de un Teofactus. De ahora en adelante, sólo los cardenales y el clero romano intervendrán en la elección pontificia, y tampoco será preciso que pasen muchos años para que cuando Nicolás II fije el canon de la libertad de elección pontificia, no haga nada más que consignar en una ley la costumbre ya establecida de prescindir implícitamente, no sólo de la imposición, sino también de la voluntad del emperador.

(1) Wibert.  
(2) Bonitho.



## EL MAESTRO DE HILDEBRANDO

**A**l Santísimo Padre Gregorio, Pedro, monje pecador, presenta el homenaje de su profundo respeto.

»Reverendísimo Señor, doy gracias a Cristo, Rey de reyes, porque teniendo un gran deseo de oír decir bien de la Sede Apostólica, el testimonio de muchas personas que hacen de vos grandes elogios, me ha llegado al corazón. (...) Regocijense, pues, los cielos, la tierra se estremezca de gozo, felicítese la santa Iglesia por haber recobrado el antiguo privilegio de su derecho, sea aplastada la multiforme cabeza de la venenosa serpiente, no acuñe ya más moneda falsa en la Iglesia el falsario Simón, vuelva al Arca la paloma, y anuncien a la tierra el retorno de la paz las verdes hojas del olivo. Vuelva a nuestros tiempos la edad de oro de los Apóstoles, y pueda, bajo vuestra prudencia, florecer de nuevo la disciplina de la Iglesia. Hay que reprimir la avaricia de aquellos que aspiran a la dignidad episcopal; derribar las sillas de los cambistas, de los vendedores de palomas...» (PL, CXLIV, col. 205.)

Así saludaba al nuevo Vicario de Cristo el más intranigente personaje del siglo XI: San Pedro Damiano. Sin embargo, no para todos fué aquel varón lo que para ese santo. Las pasiones ofuscan muchas veces el entendimiento.

\* \* \*

Poco después de la elección de Gregorio VI tenía lugar en Sutri un extraño Concilio. Oigamos a Bonitho en su «Liber ad amicum».

«...Reunido el sínodo fué presidido por aquel que desempeñaba las funciones de Pontífice Romano, y por su orden se colocaron según su rango los Patriarcas, los Metropolitanos y los Obispos. (...) Se discutió primero el caso del intruso Silvestre y todos anduvieron unánimes en declararle despojado del episcopado y del sacerdocio y relegarle a un monasterio para el resto de sus días. En cuanto a Teofilacto (Benedicto IX) se decidió no discutir nada, puesto que él mismo, siendo Pontífice Romano, había convenido en su deposición.

»Pero ¿qué hacer respecto del tercero, qué conducta seguir, puesto que no era permitido acusar a un juez ni levantar testimonio contra él? Los obispos le suplicaron que les hiciera conocer los incidentes de su elección, y no sospechando él nada todavía, accedió a sus ruegos. Explicó cómo gracias a la misericordia de Dios había podido conservar durante todo su sacerdocio una reputación intacta; había vivido castamente desde su infancia, lo cual era no solamente digno de elogio sino casi angélico a los ojos de los romanos de esta época. Y esta conducta, añadía, le había valido muchas riquezas. Guardaba estos bienes para el sostenimiento de la Iglesia o para hacer algo nuevo y grande en la ciudad de Roma. Habiendo reflexionado sobre la tiranía de los patricios que se arrogaban el privilegio de crear pontífices sin ninguna intervención del clero y del pueblo, pensó que lo mejor era emplear su dinero en devolver al clero y al pueblo esta intervención que le había sido injustamente arrebatada por los tiranos.

»Los Obispos, al oír estas palabras, comenzaron a hacer comprender a Gregorio, con las más grandes muestras de respeto, cuán pérfidos eran los engaños del antiguo enemigo, y le dijeron que nada que fuese venal podía ser mirado como santo.

»Gregorio quedó advertido por estas frases y algunas obras; el Espíritu Santo entró en su alma y comprendió que el celo del cual se había sentido animado no era según ciencia, y dirigiéndose a los Obispos les habló de esta manera: «Hermanos míos: tomo a Dios por testigo de que al obrar así lo hacía creyendo obtener la remisión de

mis pecados y la gracia de Dios. Pero ahora veo las argucias del enemigo; decidme, pues, qué debo hacer.» Los Obispos le contestaron de esta manera: «Reflexiona tú mismo sobre tu causa, júzgate tú mismo. Es mejor que seas pobre en esta vida, como pobre fué el bienaventurado Pedro, por cuyo amor tú has obrado de esta manera, y que seas rico en la eternidad antes que serlo sobre la tierra como lo ha sido Simón Mago, que te ha engañado, y te pierdas para la eternidad.» Habiendo oído estas palabras, pronunció contra sí mismo la siguiente sentencia: «Yo Gregorio, siervo de los siervos de Dios, ya que mi elección, por engaño del antiguo enemigo, se ha contagiado de una venalidad tan vergonzosa como es la herejía simoniaca, me juzgo indigno del episcopado romano». Y añadió: «¿Lo aprobáis? «Aprobamos todo lo que has decidido», respondieron. Habiéndose celebrado el sínodo de una manera regular, el rey y los obispos fueron a Roma.»

¿Qué había pasado? ¿Un Papa que tantos elogios había merecido de Pedro Damiano acusado de simonía?

«...una mujer vieja, deforme, que quería hablarle a toda costa y le importunaba constantemente para conseguirlo. Su cara era horrorosa, sus vestidos destrozados, dispersos y erizados sus cabellos apenas dejaban reconocer en ella forma humana...»

Así se representó la Iglesia en un sueño al santo Obispo de Toul, Bruno, Papa después con el nombre de León IX, y ciertamente la realidad no desdecía de esta imagen. Dos grandes plagas habían invadido a la Iglesia: la simonía y el nicolaísmo, pero este desolador estado llegó al máximum cuando hizo presa en el mismo Pontificado. «Todos los órdenes eclesiásticos, desde el Soberano Pontífice hasta el simple ostiario han llegado a ser objeto de un deplorable comercio.» Así se expresa un contemporáneo.

El gobierno de Roma estaba en manos de la levantisca nobleza, y en la primera mitad del siglo XI dos importantes partidos se disputan el poder: los Condes de Tusculum y los Crescencii.

A la muerte de Juan XIX, acaecida el 28 de noviembre de 1033, su hermano el Cónsul Alberico de Tusculum, mediante la distribución de grandes sumas de dinero, consigue que su hijo Teofilacto ocupe la silla pontificia. Escandalosa es la elección de este Papa, fruto del pecado de simonía; pero más lo es todavía por la edad del nuevo elegido que sólo tenía doce años.

En medio de este gran desorden, el día 22 de febrero de 1044, los romanos se reúnen y eligen al antipapa Juan, obispo de Sabina, que tomó el nombre de Silvestre III. Tenía, pues, la Iglesia dos pontífices: ambos simoniacos; el legítimo, de desordenadísimas costumbres; el advenedizo, nada simpatizante con las ideas de reforma. En llegando a este punto, persuadido Juan Graciano, Arcipreste de San Juan, de hacer un bien a la Iglesia, compró a Benedicto IX su renuncia al Pontificado. Pero elegido entonces el mismo Graciano, aceptó con absoluta buena voluntad, en lo cual se apoyaron por un lado el partido del Emperador y por otro los enemigos de la Reforma para acusarle de simoniaco y llevarle al Concilio de Sutri, donde, como arriba hemos visto, renunció al Pontificado guiado por las ideas que le habían llevado a aceptarlo.

Poco tiempo tuvo este Papa para llevar a cabo la reforma, pero su semilla produjo frutos en abundancia al caer en la tierra fecunda de su discípulo el monje Hildebrando. Cuando éste llegue al Supremo Pontificado, tomará el nombre de Gregorio VII en honor de su maestro el Pontífice Gregorio VI.

## EL CARPINTERO Y EL CONDE DE SEMUR

### Capítulo en Cluny

**E**l legado del Papa atraviesa aquel claustro de Cluny que San Odilón «había encontrado de madera y había dejado de mármol» y se dirige al capítulo.

En la época a que nos referimos, el abad del monasterio es Hugo de Semur y el legado, un antiguo monje de Cluny, llamado Hildebrando. Para comprender la recíproca unción y el sentido amor con que el abad, siguiendo la costumbre establecida, cede su sitio al legado y se sienta a su derecha, basta saber que se trata de dos santos. Los monjes han llenado ya las tres filas de bancos. El silencio y compostura que se observan en la comunidad son admirables, y fruto de una rigurosa disciplina. El abad empieza la alocución. Tienen sus palabras tal fuerza persuasiva, las anima una caridad tan ardiente y es tan inflamado su celo, que Hildebrando levanta los ojos y queda pendiente de sus palabras. De pronto ven los monjes que el legado se levanta bruscamente presa de viva emoción. Nadie puede explicarse lo que pasa; el mismo abad le mira sorprendido. Al notarlo se sonroja Hildebrando, y pesaroso de haber llamado la atención, vuelve a sentarse.

Terminado el capítulo, el Legado no vacila en explicar a los monjes el motivo de su extraña conducta. «Había visto a Nuestro Señor Jesucristo de pie junto al Abad, aprobando su discurso, guiando sus juicios y sus palabras». Instintivamente Hildebrando al ver al Señor Jesús de pie, se había levantado para ofrecerle el sitio de honor que él ocupaba.

### La mayor nobleza

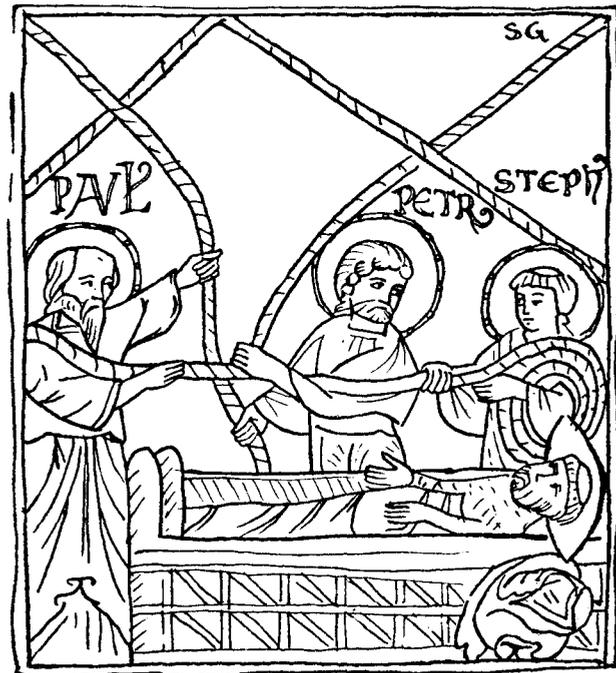
La puede adquirir todo el mundo, puesto que no es privilegio de cuna ni depende del favor de un soberano.

La eligió Hildebrando, hijo de un carpintero de Savona, que casi puede decirse no tenía más fortuna que la realización en su persona del significado de su nombre, puesto que Hildebrando quiere decir «ardor combativo» y «espada fulgente», y la eligió también poniéndola por encima de sus blasones y riquezas, el heredero del conde de Semur, uno de los más ricos señores de la rica Borgoña.

Como es natural, dado el espíritu de aquellos tiempos, pues se trata de principios del siglo XI, el padre de Hildebrando creyó que su hijo sería, como él, carpintero, siguiendo la tradición familiar, y el conde de Semur esperaba impaciente el momento de armar caballero a su hijo para aumentar el lustre de su casa en las incesantes guerras de la misma Borgoña, o con los trofeos alcanzados en otros países, contra los infieles o contra los fieles.

Seguramente que Hildebrando en sus primeros años aprendió a cepillar maderas, como Hugo de Semur aprendería a montar a caballo, a conocer la esgrima de la espada y sentir las emociones de la caza, cuando Dios les hizo oír su llamada. El humilde Hildebrando sintió inclinación decidida al estudio y en Roma empezó a engrandecerse, y el poderoso mayorazgo de Semur sintióse pequeño y empezó a preguntarse «si no existía una mejor nobleza, una caballería más alta de la que no habían formado parte ninguno de sus abuelos» (1).

Por aquel tiempo el hambre asoló el país de Borgoña. La pertinacia de las lluvias no dejaba florecer los árboles; en los campos anegados se pudrían las semillas; no había más que ciénagas donde años anteriores amarillearan los trigales, y la falta de pastos aniquiló el ganado. Sólo en los monasterios alcanzaban los pobres el refrigerio de una sopa caliente y también los bien provistos graneros del castillo de Semur y sus repletas despensas daban ancho margen a la caridad.



VISION DEL MONJE GUNZO

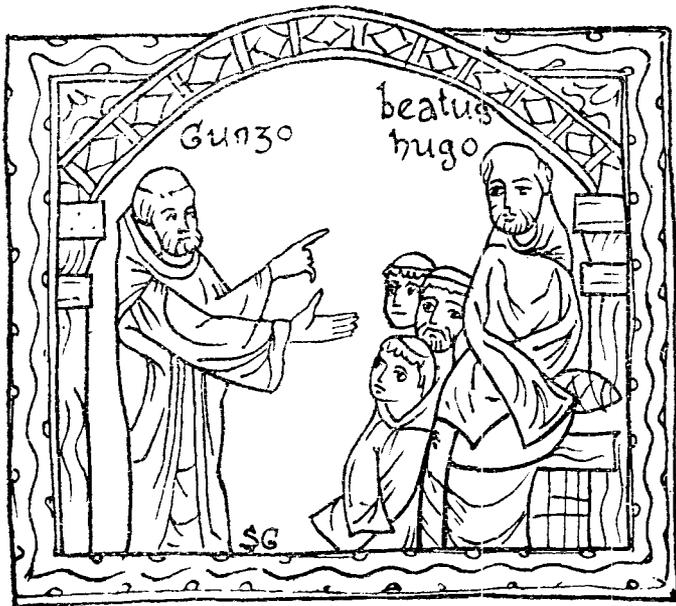
Hallándose en la agonía tuvo el monje Gunzo una extraordinaria visión en la que San Pedro, acompañado de San Pablo y de San Esteban, le encargó comunicar al Santo Abad Hugo que había de empezar la nueva y grandiosa basílica donde se reflejase en lo material la magnificencia espiritual alcanzada por Cluny. El mismo San Pedro proporcionaba las dimensiones y el plano del edificio con unas cuerdas que sostenía San Esteban.

Esto hizo reflexionar a Hugo. Le dió ocasión de practicar las obras de misericordia corporales y sintió cómo el aguijón de la gracia le indicaba que en las obras de misericordia espirituales es donde podría expansionar libremente los impulsos generosos de la más alta caballería a que aspiraba. Empezó a rehusar los vestidos de seda, a huir las partidas de ajedrez y de caza para retirarse a las iglesias; en vez de oír a los juglares se dedicaba al estudio, y el espíritu de Dios le ayudaba en la lucha contra su propia naturaleza. Su firme decisión de esquivar las pompas mundanas y los arreos caballerescos tropezó con la voluntad de su padre, porque deshacía sus planes, y en sus choques un tanto violentos, no tenía Hugo otro auxilio que el de la piadosa Erembor, su buena madre, que comprendía también la más alta nobleza a que su hijo aspiraba. Varios años duraron estos forcejeos, pero al fin triunfó la gracia, y Hugo «como el joven del evangelio que había enamorado el corazón del Señor, pero más feliz que él, correspondió a la predilección divina renunciando a todos los privilegios, que aun dentro de la Iglesia le ofrecía su nacimiento, y a los quince años, edad en que debía ser armado caballero en el mundo, renunció a su nobleza para adquirir otra mejor, al ingresar como monje en el monasterio de Cluny (1).

### Fraternidad espiritual

Todos habrán conocido en el Legado Pontificio al hijo del carpintero, Hildebrando, y en el abad de Cluny al mayorazgo de Semur, cuando ya hacía años que se ejercitaban en la caballería que desde niños eligieron.

(1) Vida de San Hugo de R. P. Dom A. L'Luillier.



**EL MONJE GUNZO NARRA SU VISION**

A la mañana siguiente salía Gunzo sano y fuerte de la enfermería, para que su curación milagrosa fuera garantía de la veracidad de sus palabras. El Abad Hugo escuchó su relato y ante la maravillosa curación del monje cesaron sus vacilaciones y puso manos a la obra.

En las gestas heroicas de esta caballería ya se señalaba entonces a Hildebrando como a uno de los más esforzados campeones que luchaban por el honor de la Esposa de Cristo. La Iglesia es su dama y el objeto de sus amores; Jesucristo su Dueño y Señor. Tampoco ponía nadie en duda que Hugo de Cluny era el más diestro capitán para formar y disciplinar los magníficos escuadrones militantes que por la oración, la observancia y el ayuno, son las fuerzas vivas destinadas a atraer la misericordia de Dios, regenerar monasterios, combatir contra la simonía y el nicolaísmo y alcanzar las más señaladas victorias.

Cuando eligen Papa a Hildebrando y se convierte en Gregorio VII, no por eso deja de personificar el *ardor combativo* y la *espada fulgente*, sino que arde aun con más vivas llamas y fulgura con inusitados esplendores. Aunque ha llegado a la suprema dignidad, humilde, busca consuelo y consejo en Hugo de Cluny, porque le consta que aun cuando en el orden jerárquico ha quedado en situación inferior, el Señor Jesús dirige sus juicios y palabras, y para sostener a la Iglesia combatida no vacila en requerir su auxilio invocando la fraternidad espiritual, base y fundamento de la caballería que ambos profesan.

Una de las muchas pruebas — que evidencian este hecho y demuestran que, a pesar de su gigantesca labor, una humildad sincera le hace pensar que aun ha hecho poco o nada, y la ayuda positiva que espera y encuentra la

Iglesia en los escuadrones de Cluny—, la constituye la siguiente carta:

Si fuera posible, quisiera darte a conocer mis tribulaciones en toda su extensión y todo el horror de mis angustias y todo el peso de una labor incesante que me aterra y aumenta cada día. Si lo sabías todo, tu compasión fraternal estaría en proporción con las aflicciones de mi corazón y te desharías en lágrimas ante Dios, para que el Señor Jesús bueno, por quien todo ha sido hecho y por quien todo se rige, se dignara tenderme la mano y aliviar mi pena con su acostumbrada misericordia. Con frecuencia he orado pidiéndole que me lleve de este mundo o que, valiéndose de mí, socorra a la Madre común. Sin embargo, no me ha librado de estas tribulaciones; contra mi esperanza, mi vida aun no ha servido en nada a esta Madre cuyas cadenas son también las mías. Un dolor inmenso me envuelve, una tristeza universal. Pues he aquí que la Iglesia de Oriente, seducida por el diablo, pierde la fe católica; y en todas sus provincias, el antiguo enemigo provoca matanzas de cristianos. De este modo, la cabeza mata a los miembros, y los miembros se desgarran a sí mismos, tanto teme el diablo que la gracia divina venga a iluminarlos. Me vuelvo al Occidente, al Mediodía, al Norte; miro de encontrar obispos cuya vida y ordenación sean regulares, que tengan amor al pueblo cristiano y no a los honores del siglo, y apenas si los puedo encontrar. Y entre los príncipes del mundo, ¿los hay que antepongan el amor de Cristo al suyo, la justicia al medro? No me atrevería a afirmar que haya uno solo. Estos entre quienes viví, estos romanos, estos lombardos, estos normandos, son en cierto modo peor que los judíos y los paganos; ¿cuántas veces lo habré dicho ya? En fin, si penetro en mi interior, me encuentro aplastado por el peso de mis pecados, y sólo espero la salvación de la misericordia de Cristo. Si no tuviera la esperanza de llegar un día a una vida mejor, si no esperase poder ser útil a la Santa Iglesia, nada me retendría en esta Roma en la que estoy hace veinte años, bien sabe Dios cuán a disgusto. Es una muerte y no una vida ver que transcurre el tiempo y cada día trae un nuevo dolor, mientras que el fin esperado parece alejarse cada vez más. Sacudido por la tempestad, espero a cada momento la venida de Aquel que así me ha encadenado y me ha traído a Roma contra mi gusto para ser probado con mil angustias. Con frecuencia exclamo: Apresuraos, Señor. Apresuraos, venid en mi ayuda por el amor de la Bienaventurada María y de San Pedro. Pero, ¿puede agradar a Dios o ser santa la oración en la boca de un pecador? ¿Puede ser socorrido prontamente aquel cuya vida debería ser santa y cuyos actos son los de un seglar? Así que yo te pido, te suplico con toda mi alma que hables a aquellos cuya vida merece los favores del cielo; no ceses ni un momento de pedirles que oren a Dios por mí con el ardor y la caridad que abrasa su corazón por la Madre de todos los cristianos. Es preciso combatir con las dos manos para rechazar por una parte los ataques de los impíos y por otra proteger a los buenos, puesto que no hay ningún príncipe que quiera tomar sobre sí este cuidado. Sé nuestro sostén en esta gran empresa; te lo pido en nombre de la caridad fraterna. Acude a socorrernos en cuanto te sea posible. No ceses de exhortar y animar a todos los que aman a San Pedro. Si quieren ser verdaderamente sus hijos y sus caballeros, que no le pongan a los príncipes de este mundo, puesto que éstos no pueden darles más que recompensas miserables y percederas, mientras que San Pedro les promete la felicidad eterna librándoles de sus pecados y les introducirá en la patria celestial con el poder de que está investido. Quisiera llegar a ver claramente quiénes prefieren la gloria eterna a las promesas terrenales de los príncipes que los gobiernan.

Nada en esta correspondencia recuerda ni al hijo del carpintero ni al heredero de Semur. No son más que dos soldados, dos caballeros de Cristo y de la Iglesia, que sumando esfuerzos y viviendo la fraternidad espiritual, defienden valientemente su causa.

He visto más de un siglo de proyectos de reforma. No han tenido éxito. Todavía se intentan. Cada nuevo Papa llama a Concilio. Se reúnen. Enfrentan los hechos. Redactan decretos. Lee esos decretos, Padre. Lee los de los últimos sesenta o setenta años. ¡Todos son iguales! Simonía e incontinencia. Incontinencia y simonía. Pero el comercio continúa. Los Obispos se venden y se compran y el clero no es limpio.

## LA LUCHA DE LAS INVESTIDURAS

Es absoluta y vergonzosamente cierto que muchos de ellos han llegado a ser obispos y clérigos más por la voluntad de nobles ambiciosos que por la voluntad de Dios. La investidura laica es una maldición. Muchos, si no todos, los escándalos de la Iglesia tienen su origen en los reyes, condes, emperadores y duques, que consideran el báculo y el anillo más como un medio para obtener el poder que como emblemas de la autoridad eclesiástica.

*Uno de ellos ha tenido la audacia de decir a Su Santidad: «¡Os aseguro que el Rey no tolerará la pérdida del derecho de investidura laica, aunque le cueste el reino!»*

*—Y, ¿qué contestó el Papa?  
Alberico irguió la cabeza.—Respondió como verdadero sucesor que es del intrépido Pedro. Dijo: «¡Y yo os aseguro que el Papa Pascual no permitirá ese derecho abusivo, aunque le cueste la vida!»*

No es nada extraño que los malos sacerdotes hagan causa común con un rey impio; pues, habiendo recibido de este rey sus honores de un modo ilegítimo, le sirven y le temen a un tiempo; y, además, al consentir en las ordenaciones simoníacas, venden, podríamos decir, a Dios por precio vil.

»Como los elegidos están indisolublemente unidos a su Cabeza, así los perversos, cuando se trata sobre todo de coligarse contra los buenos, se agrupan pertinazmente alrededor del que es principio del mal».

Estas palabras del Papa Gregorio VII en carta a Hermann, obispo de Metz, precisan un aspecto fundamental de aquella lucha entre el Pontificado y los poderes seculares, que llenó casi todo el siglo XI.

Se ha observado con acierto que, mientras, no han escaseado los elogios tributados por los historiadores a la obra de reforma emprendida principalmente por los cluniacenses y encarnada gloriosamente en aquel gran Papa; por el contrario, ha sido por muchos presentado su pontificado, incluso por muchos de los que le elogian en aquel sentido, como caracterizado por una política de odiosa aspiración a un dominio universal, en lo temporal: Gregorio VII habría sido, según los que así escriben, uno de los más eficaces creadores de la «teocracia» medieval.

\* \* \*

«Los malos sacerdotes se coligaban con los reyes impíos», «como los malos al principio del mal». La Historia prueba que no es calumniosa esta apreciación.

Es conocida en sus términos generales la llamada «cuestión de las investiduras»; sólo queremos subrayar de nuevo que la enseñanza que de aquella situación se desprende

es que precisamente aquella indebida subordinación de la Iglesia a los señores temporales era la principal causa de la simonía y de la consiguiente corrupción del clero.

Esto nos llevará a comprender la conveniencia y urgencia de que la Iglesia luchase por su libertad y se enfrentase, para recobrarla, contra el Imperio y los reyes. Pero tal vez no dejaremos de preguntarnos: ¿Por qué se esforzaron los Papas de la Edad Media en libertar a la Iglesia, sin tratar, a la vez, de vindicar para sí la supremacía sobre los reyes? ¿No había un término medio entre el César-papismo de los Emperadores alemanes y la «teocracia» de Gregorio VII?

\* \* \*

«Es necesario—dice Suárez— que estas dos potestades guarden entre sí algún orden; de otro modo no podría conservarse en la Iglesia la paz y la unidad. Frecuentemente, las utilidades temporales repugnan a las espirituales y, por tanto, o se dará una guerra justa entre ambas potestades, o es necesario, para que todo se ordene rectamente, que una de ellas ceda a la otra. Por tanto, o el poder espiritual se someterá al temporal, o lo contrario. Lo primero no puede decirse ni pensarse según la recta

razón, porque todas las cosas temporales deben subordinarse al fin espiritual. Luego, por el contrario, hay que decir que el poder temporal debe estar sujeto al espiritual, para que no se desvíe de su fin.»

Este texto del Doctor Eximio —citado por el P. Billots, S. I., en su tratado «De Ecclesia» (Q. XVIII) como argumento central para defender la doctrina del poder indirecto sobre la sociedad civil— proyecta un rayo potente de luz para plantear y resolver debidamente la cuestión a que aludimos.

La misión rectora de la vida pública que realizaron los



Pontífices en los momentos de apogeo de la Edad Media ha sido diversamente justificada. Podríamos hablar de dos tendencias que se han dado en este punto: La que podríamos llamar *historicista* y la *teológica*. Pretende aquélla que el lugar que ocupaba la Sede Apostólica en la Cristiandad era producto de las circunstancias concretas de aquellos tiempos: un producto del *derecho público de la Europa medieval*. En este sentido interpretan aún las enseñanzas de los Papas medievales, a los que no falta quien acusa de haber proclamado en solemnes documentos que la Iglesia tiene derecho supremo en las cosas puramente temporales.

Pero no ha faltado, como decimos, una tendencia, más tradicional, y acorde con la enseñanza de los doctores escolásticos más ilustres, que considera vergonzante e incoherente defender por una pura razón de contingencia histórica unos derechos que los Papas ejercían invocando sólo la Sagrada Escritura y la tradición de los Santos Padres.

Como ejemplo de esta tendencia teológica en el planteamiento y resolución de esta cuestión, vamos a ofrecer a los lectores de CRISTIANDAD un vigoroso fragmento del antedicho tratado del Padre Billot (De «Ecclesia», pars tertia, qu. XVIII):

«El artículo primero de la Declaración del clero galicano de 1682, repetidas veces condenado en cuanto a todas y cada una de las cosas en él contenidas, decía así: «Al Bienaventurado Pedro, y a sus sucesores los Vicarios de Cristo, y a la Iglesia misma le ha sido dada por Dios la potestad de las cosas espirituales y relativas a la eterna salvación, pero no la de las cosas civiles y temporales, pues ha dicho el Señor: «Mi Reino no es de este mundo», y, además: «Dad, pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»; por tanto, debemos atenernos a aquello del Apóstol: «Esté toda alma sujeta a las potestades superiores; pues no hay potestad sino procedente de Dios; y las que existen por Dios han sido ordenadas, y así, quien resiste a la potestad resiste a la ordenación de Dios.» Por tanto, los príncipes y reyes, por la ordenación de Dios en las cosas temporales, no se someten, directa ni indirectamente, a ningún poder eclesiástico. Esta opinión, necesaria para la tranquilidad pública y no menos útil a la Iglesia que al Imperio, debe ser absolutamente conservada como concorde con la palabra de Dios, la tradición de los Padres y el ejemplo de los Santos.»

»Donde se puede ver que los textos de la Escritura, que nada demuestran para el caso presente, son citados con gran temeridad; y que se omiten los que en verdad hacen al caso, y principalmente lo que dijo a Pedro, Cristo nuestro Señor: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» Palabras en las que se debe entender que le ha sido dada toda potestad para el gobierno de la grey, y para esto el poder de apacentar todas las ovejas del modo que a ellas conviene, obligando a cada uno de los cristianos a que sirvan a Dios de la manera que deben servirlo según su estado. Ahora bien, debe el príncipe temporal servir a Dios defendiendo y ayudando a la Iglesia por los medios de que dispone como tal príncipe, como es patente por lo ya dicho y más se verá por lo que se diga después. Luego, también, hablando según la norma del Derecho, puede y debe el Pastor de la Iglesia mandar a los príncipes que cumplan con su deber, y si no lo cumpliesen, obligarlos por los caminos conducentes a ello según el modo de ser y las circunstancias de los tiempos lo permitan.

»Esto es lo que acerca del poder indirecto de la Iglesia sobre los príncipes como tales, se desprende certísimamente de las palabras de Cristo nuestro Dios y Señor, cuando, al instituir la Iglesia misma, ordenaba que fuese Pedro su cabeza suprema, y le confiaba el cuidado de toda su grey. Esto es lo que por otra parte se ve convenir en todo al recto orden, porque así como es debido que el cuerpo se someta al alma y las cosas temporales se some-

tan y subordinen a las eternas, así es necesario que en la Iglesia de Cristo, el poder político esté sometido al poder sacerdotal, para ser por éste dirigido al fin de la bienaventuranza eterna, y en cuanto se aparte de este fin sea enmendado y corregido. Esto es, finalmente, lo que tan constante y unánimemente han sentido los teólogos y ha sido confirmado solemnemente por el uso y la práctica de los Sumos Pontífices, principalmente, y también de los concilios ecuménicos, que la opinión contraria, según testimonio de Belarmino, mejor que opinión debe ser llamada *antigua herejía*.

»El mismo Belarmino invoca más de setenta autores en el prefacio de su tratado contra Guillermo Barclaiio, entre los que sobresalen, entre los italianos, Santo Tomás, San Buenaventura, Egidio Romano, San Antonino, Caietano; entre los franceses, San Bernardo, Durando; entre los españoles, San Raimundo, Torquemada, Soto, Báñez, Valencia, Molina; de Alemania, Hugo de San Víctor, Enrique de Gante, Dionisio Cartujano, etc.; entre los ingleses, Alejandro de Hales, Tomás Valdense, Reginaldo Polo, etc. Además, refiere ilustres hechos de la historia de la Iglesia, de nadie desconocidos, y que, por tanto, no es necesario aquí mencionar de modo especial.

»Todo lo cual, si consideramos bien, fácilmente veremos qué hay que sentir de la explicación propuesta por algunos católico-liberales de fin del siglo XIX. Los cuales, como no se atreviesen directamente a contradecir a tales autoridades y a acusar a los Papas de abuso y de inicua usurpación de poder, dijeron que éstos ejercieron justificadamente su juicio en las cosas políticas, pero esto no en virtud de la autoridad pontificia, sino sólo por el derecho público vigente entonces en Europa, es decir, por razón del consentimiento expreso o tácito de los pueblos cristianos, que habían instituido así al Romano Pontífice en supremo moderador, incluso del orden político.

»Pero con cuánta inconsideración haya sido esto afirmado aparece claramente a la primera lectura de los documentos. Pues exprofeso los Pontífices invocan su potestad de atar y desatar, que recibieron en el bienaventurado Pedro, y la soberanía de Cristo, de quien son Vicarios en la tierra. También el Concilio de Lyon, en su canon *Excommunicamus*, afirma manifiestamente que ha sido confiada por Dios a la Iglesia para la guarda de la fe y para su seguridad, defensa y preservación.

»Por lo demás, ¿qué cosa más inaudita en toda la tradición antigua, que este inepto recurso al derecho público de la Edad Media? Y digo inepto, porque así ni siquiera tiene sentido ya la distinción entre el poder directo y el indirecto, universalmente aceptada por los teólogos. Porque el poder indirecto en las cosas temporales no se entiende si no es en sí espiritual y extendiéndose a las cosas temporales, no por sí mismas, sino en cuanto que se relacionan a las espirituales.

»Si acaso se entendiese como el derecho público medieval el reconocimiento y pública profesión del derecho divino evangélico en «la Cristiandad», en este sentido fué sólo la condición para que de hecho pudiese ejercerse tal poder indirecto de los Pontífices. Pero si se quiere entender el derecho constituido por la voluntad de los pueblos, del cual hubiese nacido el poder mismo, esta aserción es errónea, contra la que protestan todos los que antes se ha dicho. A lo cual se añade, como coronando esta cuestión, la Bula de Bonifacio VIII, *Unam Sanctam*, cuyo contenido es éste: La Iglesia, fuera de la cual no hay salvación, es una. Es única la Cabeza de esta única Iglesia, a saber, Cristo y su Vicario Pedro. En la sociedad cristiana se requiere una doble potestad, o dos espadas, la temporal y la espiritual; pero el poder temporal hay que ejercerlo en servicio de la Iglesia; el espiritual lo ejerce la Iglesia misma. Éste se ejerce por los sacerdotes, aquél por los reyes y señores bajo la dirección del sacerdote.

»Es, pues, necesario que una espada esté bajo la otra

y la autoridad temporal sometida a la espiritual, porque ambas potestades vienen de Dios y lo que de Dios procede debe estar ordenado. Por lo que el que resiste a esta ordenación resiste a la ordenación de Dios, a no ser que finja que son dos principios distintos, uno del que procede el poder espiritual y otro origen del temporal, lo cual sería maniqueísmo. «Por tanto, declaramos, decimos, definimos y pronunciamos que es absolutamente necesario para la salvación que toda criatura humana se someta al Romano Pontífice».

»Así, pues, estos intentos de explicación son de ningún valor y no aprovechan otra cosa que el nunca bastante deplorado temor a la verdad íntegra: lo cual es la enfermedad propia de los católicos liberales. Pues el virus revolucionario ha inficionado de tal modo las inteligencias de nuestros contemporáneos, que a la mayoría les parecen paradojas ridículas los principios «teocráticos» acerca de la subordinación del orden político al religioso; de donde viene que no se atreven a resistir y busquen paliativos, creyendo que de ningún otro modo se puede tomar la defensa de los tiempos pretéritos, como no sea legitimando por el contingente y mudable derecho humano aquellos



Patio de la antigua Abadía de Cluny

ilustres hechos de la Historia de la Iglesia que repugnan a las ideas y prejuicios modernos. Pero esto es avergonzarse del Evangelio. Dios nos guarde de este pecado.»

## HILDEBRANDO PONTIFICE

Varias veces se había propuesto a Hildebrando para ocupar la Sede de San Pedro, pero nunca había aceptado tal cargo. Las mismas circunstancias de su elección nos muestran que no aceptó sino obligado por el pueblo de Roma. La carta que a continuación transcribimos es un vivo testimonio de ello.

«Gregorio, electo Pontífice Romano, a Desiderio, Abad de Montecasino: Salud en Cristo Jesús.

»Ha muerto nuestro Señor el Papa Alejandro, cuya muerte ha caído sobre mí y ha sacudido mis entrañas y me ha turbado profundamente. Contra su costumbre, ha quedado tan quieto el pueblo romano después de esta muerte y se ha dejado gobernar por Nos con una tal docilidad que se ve evidentemente que esto proviene de la misericordia divina. Después de haber deliberado, hemos prescrito, pues, un ayuno de tres días, letanias y oraciones públicas acompañadas de limosnas, proponiéndonos indicar en seguida lo que nos pareciese mejor respecto a la elección del pontífice romano.

Pero de repente, mientras se daba sepultura en la iglesia del Salvador a nuestro señor el Papa, se originó un gran tumulto en el pueblo y se levantó un gran bullicio, y se precipitaron sobre mí como locos. Así me han elevado a esta Sede Apostólica, demasiado pesada para mis espaldas; puedo decir, pues, con el profeta: «*He venido hasta alta mar y la tempestad me ha sumergido, he clamado con fuerza y ha quedado ronca mi garganta*» (Ps. LXVIII), «*temor y temblor vinieron sobre mí y me rodearon las tinieblas*» (Ps. LIV). Como que ahora guardo cama y estoy fatigado sobremanera, no puedo dictar por mucho tiempo. Así, pues, dejo para otra ocasión el narrarte mis angustias.

»Te ruego, por consiguiente, que invites a los hermanos e hijos que educas en el Señor a que oren por mí a fin de que la oración que debía libramme del peligro, por lo menos me defienda una vez expuesto a él.

»Ven en cuanto puedas; ya sabes cuánto necesita de ti la Iglesia, y cuánta confianza tiene en tu prudencia. Saluda de nuestra parte a la emperatriz Inés y a Reinaldo, obispo de Como; diles que ha llegado el momento de mos-

trar si verdaderamente sienten hacia mi caridad.

»Dado en Roma el 6 de las calendas de mayo, indicción XIª (24 abril 1073)».

Este era, como el lector puede apreciar en la realidad, el terrible Hildebrando, el ambicioso Hildebrando, el Papa Santo del que se ha querido forjar más fácil leyenda.

El documento que a continuación transcribimos, al mismo tiempo que nos expresa de una manera más clara las circunstancias de la elección de Hildebrando, es un cuadro vivo de una elección según el Decreto del Papa Nicolás II, en otro lugar transcrito.

«En el Reinado de Nuestro Señor Jesucristo, el año 1073 de su clementísima Encarnación, en la indicción XIª y XIª luna, a diez de las calendas de mayo, en la feria segunda, el día de la sepultura del señor Papa Alejandro II para que no gima sola la Sede Apostólica desamparada de su Pastor, congregados en la Basilica de San Pedro ad vincula, Nosotros Cardenales de la Santa, Romana, Católica y Apostólica Iglesia, clérigos, acólitos, subdiáconos, diáconos, presbíteros, en presencia de los venerables Obispos y Abades, con el consentimiento de los clérigos y monjes, entre las aclamaciones de las turbas de los dos sexos y de diversos órdenes, elegimos para Pastor y Sumo Pontífice a un varón religioso, poderoso por el conocimiento de lo divino y humano, apasionado por la justicia y la equidad, fuerte en la adversidad, temperado en la prosperidad, y conforme a las palabras del Apóstol, adornado de buenas costumbres, púdico, modesto, sobrio, casto, hospitalario, buen rector de su casa, educado e instruido noblemente desde su infancia en el seno de esta Iglesia madre, lleno de doctrina, y promovido hasta este día por el mérito de su vida a los honores del archidiaconado; es decir, al archidiacono Hildebrando que en el futuro y para siempre queremos y nombramos Papa y Señor apostólico.

»¿Os place? Nos place. — ¿Lo queréis? Lo queremos. — ¿Lo aprobáis? Lo aprobamos.

»Dado en Roma el diez de las calendas de mayo indicción XIª (22 abril 1073).»

## SAN HUGO EN CANOSA

### Un Emperador impió frente a un Pontífice santo

El 25 de enero de 1077, un pobre mendigo, los pies descalzos y vestida la lana de los penitentes, entraba en el patio señorial de uno de los más fuertes castillos de Italia, perteneciente a los señores de la Marca Toscana. Pedía ser recibido. Una jornada entera de frío y humillación, y la puerta no se abre. De nuevo al día siguiente repite el mendigo su mortificación, pero la puerta continúa cerrada. Están frente a frente las dos máximas potestades de la tierra: la espiritual, encarnada en un santo: San Gregorio VII; la temporal, en un impío: Enrique IV.

El Papa sabe que Enrique no obra con sinceridad; Enrique tiene muy en cuenta que a mediados de febrero se cumple un año de su excomunión, con lo que pierde para siempre su corona si antes no obtiene le sea levantada aquella. El Vicario de Cristo ve que un paso precipitado hacia el perdón puede acarrear el recelo y hasta la hostilidad de los señores alemanes enemigos de Enrique; el Emperador tiene por seguro que la absolución papal ha de cambiar inmediatamente la situación y le franqueará muchas puertas. El Sumo Pontífice ve a través de ese perdón la posibilidad de grandes males para la Iglesia; el primer rey de la Cristiandad ve en la humillación de ser perdonado el único camino para sus ambiciones.

¿Cederá el Pontífice? ¿Abandonará el Emperador? Son antitéticas sus posiciones: entre ellos no puede haber acuerdo. Sin embargo, lo hubo.

### Sólo a un año de distancia..

Casi un año antes de estos acontecimientos, el mismo mendigo que acabamos de ver a la puerta del castillo de Canosa se hallaba en la cúspide del poder. Su imaginación juvenil le hacía creerse dueño del mundo.

Iba a comenzar en Roma la primera sesión del Concilio de 1076, cuando Rolando, un enviado del Emperador, dirigiéndose al Papa, le comunicó de esta suerte la máxima conclusión del conciliábulo de Worms: «El rey, mi señor, y todos los Obispos de allende los montes y de Italia, te ordenan que abandones inmediatamente la Sede del bienaventurado Pedro, y la Iglesia romana de la cual te has apoderado. Pues no es justo llegar a una tal dignidad sin la Orden de los Obispos y el consentimiento del Emperador.»

Quien inspiró estas frases, que tan ufano se hallaba a principios del año (el Concilio fué en febrero), no había aún acabado el año 1076 cuando tuvo que soportar la humillación de ver reunidos a sus vasallos en Tribur para deponerle. En febrero, en la cima del poder. En octubre, a merced de sus vasallos. ¿Qué había mediado?

### El poder de la excomunión

Todo fué efecto de la excomunión que contra Enrique lanzó el Papa, aprobando, más aún, solicitándolo con insistencia, los Padres del Concilio. Al no sentirse ligados por el juramento de fidelidad, los nobles se rebelaron. Los sajones recrudecieron la guerra. Y todos aquellos trastornos vinieron a parar en la Asamblea de Tribur. Reunidos los nobles en dicho pueblo de Hessen, estaban dispuestos a destronar a su excomulgado rey. Sin embargo, el final de aquella Asamblea no fué el que su principio parecía exigir. No se destituyó al rey. Otra Asamblea debía reunirse en Augsburgo, bajo la presidencia del Papa, en la próxima fiesta de la Purificación. Ante ella comparecería el Emperador, y el Papa actuaría como juez supremo entre él y sus vasallos. Enrique asintió a todo. ¿Cuál fué la causa de la rápida mutación de los nobles de Tribur? Sin duda los Legados que Gregorio VII envió; pero no faltan autores que, basándose en datos que no es del caso exponer, dan

a Hugo de Cluny decisiva influencia en ello. El hecho de ser padrino de pila de Enrique y su enorme influencia en el mundo y en la Iglesia lo hacen muy verosímil.

Llegado ya el año 1077, Gregorio VII se puso en camino hacia Augsburgo. Allí esperaba encontrar al Emperador. Sin embargo, mientras el Papa aguarda en Mantúa la escolta que le han de enviar los príncipes alemanes, le llegaron noticias de que Enrique se dirigía a Italia. Visto lo cual, Gregorio se retiró a Canosa. Un momento difícil para San Gregorio. En el Sur, la enemistad de los normandos. En el Norte, la hostilidad de los Obispos lombardos, y en Alemania el desconcierto que causa la actuación del rey. Éste es el cuadro que rodea a Gregorio a principios del año 1077. Enrique, empero, no viene con fines bélicos. El desenlace de aquella expedición a Italia es la escena con que hemos encabezado estas líneas. ¿Cómo se llegó al final que tuvo?

### El Abad de Cluny

Sin duda, muchos serían los motivos que influyeron en el ánimo de San Gregorio para el perdón, pero se deja frecuentemente muy de lado uno que, a no dudarlo, fué de los principales.

Mientras Enrique se ponía en camino desde Spira hasta Canosa, allá en la Borgoña un humilde monje abandonaba su abadía. Era San Hugo, Abad de Cluny. Antes de que llegara el Emperador, ya su padrino estaba intercediendo por él ante el Papa.

Llegado el tercer día de su penitencia, y no habiendo conseguido nada, se dirigió aquel misero mendigo a la capilla de San Nicolás, donde se hallaban Hugo y la Condesa Matilde, que salieron garantes de la penitencia imperial. Gregorio veía la falsía de aquel hombre, pero a pesar de todo tenían demasiada influencia en su alma aquellos intercesores para negarse por más tiempo.

Poco después dirigía San Gregorio a los nobles alemanes una carta, donde se lee: «Vencido al fin por el ardor de su compunción y por las súplicas de los que estaban presentes, al desatarle los lazos del anatema le hemos admitido a la comunión y en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia, después de recibir las garantías que encontréis más abajo. Esas garantías han sido firmadas, además, por el Abad de Cluny y por nuestras hijas Matilde y la condesa Adelaida...»

Un año más tarde escribía Gregorio a Hugo estas palabras: «Fatigado por las visitas de muchas personas y por las preocupaciones de los muchos asuntos, muy poco puedo escribir a quien amo con todo mi corazón...» Con estas palabras se comprenden perfectamente los términos de la carta a los nobles alemanes: realmente, en Canosa, Gregorio VII «fué vencido por las súplicas de los que estaban presentes».



La humillación de Canosa

# EL SENTIDO DE CRUZADA EN IÑIGO DE LOYOLA

## VII

### CRUZADA Y ANTICRUZADA



Si el lector displicente leyó el artículo anterior, que era el VI, habrá podido enterarse de la importancia insospechada que un novelista afamado, y un su prologuista no menos afamado, dan a Iñigo de Loyola; cómo, hace unos años, para remedio de España le evocaban desde el sepulcro donde sus santas reliquias descansan en la paz de Dios; le evocaban como única esperanza, con la sola condición de que resurgiera, no vivificado por el espíritu que le informó durante su vida mortal, sino con un espíritu nuevo, extrarreligioso, a gusto de nitzcheanos y sorelianos. Si es así, valdrá la pena de ser estudiada persona tan trascendental. ¡Lástima de mi arte deficiente!

#### Crítica histórica y sentido común

Iñigo o Ignacio de Loyola tocó el tema no poco delicado que insinúa ese título y sin titubeos lo dió por resuelto.

En su libro de los Ejercicios, en la sección del mismo que intitula el autor «Los misterios de la vida de Cristo nuestro Señor», en la cual va proponiendo los distintos pasos de la vida de Jesucristo, distribuyendo en puntos la materia en orden a la meditación, al llegar a las meditaciones de la Resurrección del Señor, donde menos se podía esperar, nos hallamos resuelto en forma tajante el problema que nos interesa y que podría enunciarse con estas palabras: «La conjetura prudencial o el sentido común en la Historia». El lector, a continuación, puede ver el pasaje copiado a la letra.

«De la Resurrección de Cristo nuestro Señor; de la primera aparición suya.—Primero apareció a la Virgen María, lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho; porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: «¿También vosotros estáis sin entendimiento?»

Ante todo descartemos un pseudo problema. Iñigo o Ignacio de Loyola jamás oyó hablar de la peregrina doctrina de Crítica histórica, que determinando los límites del ámbito de lo histórico, excluye de éste todo cuanto tenga afinidad con lo sobrenatural. Según esto, los milagros, las profecías, las apariciones, las revelaciones, etcétera, están fuera del objeto de la historia. Fácilmente se explica en todo aquel que no crea en la realidad de lo sobrenatural o que se proponga obrar y pensar como si no creyera, que a nada de lo sobrenatural dé lugar en la historia. Cierto es que en todo esto no hará sino dejarse llevar de criterios apriorísticos. Empero que un católico transija con tales maneras de ver y de juzgar es a todas luces inexplicable. Iñigo o Ignacio de Loyola sabía bien que el testimonio humano, en el cual se apoya normalmente el conocimiento de los hechos históricos, puede ser de tanto peso, que arrastre consigo el asentimiento de quien conozca su existencia y su valor. Y ¿por qué no ha de ser así cuando un testimonio tan fehaciente comprueba un hecho sobrenatural, por ejemplo, una aparición?

Nada que ver tiene esto con el problema de que tratamos.

La razón de haber tenido en cuenta esa pedantesca exclusión de lo sobrenatural del campo de la historia, ha sido el prevenir al lector del peligro de confusión.

Una vez admitido que las apariciones de Cristo resucitado son hechos históricos comprobables y comprobados por el sano criterio histórico, pasemos a ver cómo el autor de los Ejercicios en un caso en que falta el testimonio histórico, no vacila en acudir a la conjetura prudencial, y apoyado en sola ella, da por cierto el hecho histórico.

En ningún testimonio histórico se apoya el convencimiento de que Jesús resucitado apareció a María Santísima, su Madre; en tal caso Ignacio no duda en valerse de la conjetura prudencial; aunque esto no se diga en la Escritura se tiene por dicho en decir que apareció a tantos otros. El juicio conjetural se forma así: Se apareció a muchos, luego con más razón a su Madre. ¿La Escritura no lo dice? Lo da por dicho e Ignacio lo da por cierto. ¿Con qué derecho? Con el que da la ley del sentido común. Y ¿quién promulga esta ley? Jesucristo en persona, cuando dijo a sus discípulos: «¿Tampoco vosotros tenéis entendimiento? ¿También vosotros estáis privados de sentido común?» Esto es lo que significa a la letra el texto griego del Evangelio de San Mateo, XV, 16.

A esta ley y norma del sentido común, es decir, del prudente juicio conjetural, nos vemos reducidos y obligados casi exclusivamente cuantos deseamos e intentamos reconstruir en lo posible la vida de Iñigo de Loyola, tanto en lo exterior como en lo interior, en el no breve transcurso de tiempo que se extiende desde su nacimiento, que según todas las probabilidades hubo de ser el año de 1491, con más firmeza hacia el final, hasta su conversión a Dios definitiva y total que sin duda se realizó en el año de 1521, trigésimo de su edad.

Muy escasos son los datos que de su vida en estos treinta años nos legó él mismo; no muchos los que comunicaron otras personas. Esto es bien cierto, pero lo es también que estos pocos datos combinados unos con otros y sincronizándolos y relacionándolos con los hechos históricos de aquel tiempo, ofrecen base sólida a conjeturas de gran importancia que, aun más que el desarrollo de la vida exterior de Iñigo, nos ayuden a conocer su espíritu, a adivinar las etapas sucesivas del desenvolvimiento de su personalidad y a rastrear en este desenvolvimiento la operación misteriosa de la gracia divina que le disponía y preparaba para el golpe definitivo de Pamplona y de Loyola.

Cuenta el P. Henao en su obra «Averiguaciones de las Antigüedades de Cantabria» —citada por el P. Fita— la anécdota siguiente (se refiere al año 1689):

«Corre como fama pública en Arévalo que por este tiempo, volviendo el niño Iñigo de travesear en la calle con otros rapaces y algo herido, le recibió su tía riñéndole por su inquietud natural, y le dijo, como con espíritu profético, a lo que piadosamente se puede pensar: Iñigo, no asesará ni escarmentará hasta que te quiebren una pierna.»

Era esta su tía doña María de Guevara, mujer de don Juan Velázquez, Contador Mayor del Reino de Castilla, en cuya casa, como ya dijimos, vivía nuestro Iñigo. Lo que se cuenta, *si non é vero, é ben trobato*; si no es real, es simbólico. Simboliza cómo Dios con suavidad y fortaleza iba preparando a Iñigo para aquel momento en que le había de quebrar la pierna y a tronchar para siempre sus sueños de ambición humana, para hacerle General de uno de sus ejércitos y elevarle en su Iglesia a la altura de un Francisco de Asís, de un Domingo de Guzmán, cuya vida de santidad ya emulaba Iñigo allá en Loyola en los albores de su conversión definitiva y total.

### Fijando más el plan

En los seis artículos que ya van publicados bajo el título general «El sentido de Cruzada en Iñigo de Loyola», el mejor intencionado se habrá hallado con tantas digresiones y cuestiones incidentales, que su lectura le habrá causado un tanto de confusión y de fatiga. Ahora cree el que esto escribe llegado el momento de precisar el plan de los que van a seguir, si Dios no dispone otra cosa.

Es tanta la falta de noticias que tenemos del período de la vida de Iñigo antes de su conversión total y definitiva y tan absoluta la ausencia de datos que iluminen y corroboren nuestro parecer, que no queda otro recurso que recurrir al método de Ignacio en la meditación de la aparición de Jesucristo resucitado a su Madre Santísima, tal como más arriba hemos visto: La conjetura prudencial, fundada en datos y hechos ciertos y fehacientes, o lo que es lo mismo, el sentido común bien aplicado.

En los treinta años de la vida de Iñigo que abarca el período indicado, nos hallamos con tres hechos importantísimos, de trascendencia mundial e histórica, que necesariamente hubieron de tener serio influjo en el alma y en la vida de Iñigo, y de estos tres hechos me propongo tratar por su orden en artículos sucesivos.

Es el primero la embajada del Papa Julio II al Rey Católico Don Fernando, por la cual se le comunicaba oficialmente la convocación del Concilio Universal Lateranense V; tuvo lugar este acontecimiento por noviembre de 1511, a los veinte años de la edad de Iñigo.

Al año siguiente, 1512, por abril, precisamente en el día santo de la Resurrección, se dió junto a la ciudad de Ravena, en Italia, la batalla que lleva el nombre de esta ciudad; batalla de consecuencias gravísimas, perdida por el ejército español que defendía al Papa y ganada de momento por el ejército francés, invasor de los Estados Pontificios; batalla en la cual murió Gastón de Foix, General en jefe de los franceses, joven de veintidós años, hermano de la Reina de Aragón, doña Germana. Este es el segundo de los acontecimientos a que nos hemos referido.

La tercera y última de las tres fechas anunciadas cayó en agosto de 1518. En ella se predicó en España la Cruzada por el Legado Pontificio Cardenal Egidio Canisio de Viterbo. Con aquella conmoción popular de que ya he hablado varias veces.

Estos tres acontecimientos, por la manera de ser de Iñigo, por la situación en que él se hallaba, por la inmensa trascendencia y resonancia que tuvieron, necesariamente hubieron de conmover el alma del joven Iñigo y dejar en ella huella profunda, despertando en aquella cabeza juvenil, al mismo tiempo atolondrada por la edad y reflexiva por naturaleza, pensamientos serios y sentimientos graves que en el ambiente en que él vivía, predominantemente de seriedad y reflexión, habían de culmi-

nar en su día en espíritu de Cruzada, a la par caballeresco y razonable.

Del primero de estos acontecimientos me proponía tratar en este artículo, pero tengo por mejor dejarlo para otro.

### Cruzada y anticruzada: de nuevo en la encrucijada

En otro artículo intenté, lectores de CRISTIANDAD, hacer penetrar en vuestra mente y también en vuestro corazón, el gravísimo sentido de aquel paternal llamamiento, de aquella urgente arenga del Pontífice actual, por la cual llamaba a filas a todos los católicos, de cuyo ejército él es el jefe, y en la cual hacía ver que el mundo actual está en la encrucijada, en la bifurcación que conduce a la vida o a la muerte.

Entonces os hacía observar, lectores de CRISTIANDAD, que también en el segundo decenio del siglo XVI la Europa cristiana se encontraba en una encrucijada: Cruzada o anticruzada; o la guerra santa o la lucha de ambiciones, la paz de Cristo o la división de Europa con su séquito de desastres. La anticruzada de entonces no tenía otra raíz que la ambición de dominio. Gran zahorí había de ser uno para llegar a avizorar algo más hondo.

Mas ¿qué diremos de ahora, de nuestro tiempo? Esto es lo que es menester tener siempre presente, aun cuando hablamos de lo pasado.

Del famoso general francés De Gaulle son unas declaraciones recientes, de este mismo mes. En ellas, entre otras cosas, los periódicos de Barcelona atribuyen al general unas frases que suenan algo a misterio. No serán muchos los lectores que se hayan puesto a pensarlas y serán aún menos los que hayan adivinado algo su sentido. Son pocas las frases que nos interesan directamente. He las aquí:

«Sólo Dios sabe si la guerra es inevitable entre Rusia y el Occidente. Pues el mundo está acosado, no solamente por las ambiciones de dominio, sino también por corrientes que han escapado al control de la humanidad.»

Atiende, buen lector, a estas palabras del general francés. ¿Adivinas tú por ventura cuáles pueden ser unas tales corrientes que acosan al mundo, que escapan al control de la humanidad y que por lo mismo impiden que nadie, sino Dios, pueda saber si es o no inevitable la guerra entre Rusia y el Occidente?

Desde luego, si dice verdad el general De Gaulle, que si la dice, por más que casi todos lo ignoren y los que lo saben lo callen, date cuenta, lector mío, de la mayor gravedad que de esto solo redundará en la situación actual sobre la de principios del siglo XVI. Entonces sólo acosaban al mundo las ambiciones de dominio, éstas impidieron la Cruzada y abrieron el camino a las catástrofes; pero la ambición de dominio no escapa al control humano, puede ser conocido y contrarrestado.

Ahora está el mundo acosado no sólo por las ambiciones de dominio, sino además por esas corrientes misteriosas que escapan al control humano, es decir, al conocimiento y al poder preventivo de la humanidad.

¿Querriais, lectores de CRISTIANDAD, que se os hablara algo de esas corrientes? ¿Lo soportaríais al menos?

Lectores de CRISTIANDAD, a la brecha, cual los tres monjes rebeldes de Raymond. Lectores de CRISTIANDAD, ¡a la Cruzada! ¡A orar, porque el Papa lo pide; a la santa austeridad, porque el Papa la recomienda! ¡A la lucha, porque a ella os llama! ¡Al sacrificio con Cristo, porque Él nos precede con la Cruz! ¡Al martirio por la fe, si Cristo se digna elegirnos para bien tan grande!

Ramón Orlandis, S. I.

# ESCUELA DE BIÓGRAFOS

Vanas son las modas de los hombres, pero consuela saber que cesan también sin razón.

Mucha biografía padecemos años atrás: acaso estuviese bien tanto Mozart, pero ¡tantísima María Antonieta y, señores, por qué no decirlo, tanto Mahoma, resultaron ciertamente excesivos! Unos más que otros, pero todos estábamos al corriente del atavío del misterioso personaje que encargó el "Réquiem" y disfrutábamos hasta con los menos escandalosos detalles del asunto del collar; no hay que decir que al resolver un crucigrama, adivinábamos fácilmente una palabra de tres letras, si esta era "Ali".

Hoy parece que van a desaparecer las biografías. Será elegante de nuestra parte decir que lo lamentamos y proponer un remedio que no sea eficaz; igual se hizo cuando pasó de moda el "cannotier" o el cerrarse los cafés en que había habido tertulias literarias, y todo el mundo quedó encantado con los lamentos.

Empecemos parodiando una frase tristemente célebre: La biografía es el homenaje que la novela rinde a la historia. Y luego vamos a explicar cómo existen personajes magníficos, figuras gigantes que están de pie en medio de los siglos pidiendo a gritos una buena biografía.

Vamos a fijarnos en uno de oscuro nacimiento, que llegó a la mayor dignidad que puede alcanzar un hombre. Preceptor de reyes, célebre constructor de órganos y de relojes, músico y matemático insigne, cruzó varias veces Europa, las más de ellas a pie, para iluminar con su ciencia una intrincada disputa o para dirimir con su prestigio un difícil problema político.

Este personaje fué un monje, pero no conviene empezar con la palabra monje. Un buen título sería "El papa del año 1000". ¿Os imagináis la portada? Bajo la tiara, la serena mirada de Silvestre II dominando la infeliz turba de los milenarios, aquellos amedrentados espíritus que creían que el mundo iba a terminar el año mil.

No sabemos dónde nació nuestro protagonista, de pocos papas puede decirse esto. Ni quiénes fueron sus padres, tan humildes serían. Empieza la historia en ocasión de la boda del conde de Barcelona Borrell II con Ledgarda, hija de Ramón, conde de Auvernia. Esta boda se celebró en el monasterio de San Geraldo de Aurillac, del cual antes había sido abad San Odón, reformador de Cluny, y esta boda fué, sin duda, el origen de la introducción del onomástico Ramón en la dinastía catalano-aragonesa, onomástico que al extenderse por el Principado, hoy tiene en los altares el patrocinio de dos santos y un beato.

¡Qué hermosa escena para el biógrafo! En medio del júbilo de los príncipes que se casan y del de sus cortejos, no puede disimular su nerviosismo un joven monje de poco más de veinte años. Gerberto, que es el joven monje, ha estudiado ya el "trivium" con el futuro abad Raimundo, y espera el resultado de una gestión. Felizmente la gestión tiene éxito: Borrell II dice que en la Marca Hispánica se estudia el "quadrivium" y admite que Gerberto se traslade a Vich confiado al cuidado del obispo Atón.

Durante tres años, Gerberto estudia en Vich, en Ripoll y en Barcelona. Progresó mucho en matemáticas y en música, en cuyas disciplinas es acaso a los veinticuatro años de edad, el hombre más entendido de su siglo.

Se puede aquí suponer lo que sería la vida de trabajo de Gerberto en Cataluña descifrando los manuscritos de la biblioteca de Ripoll y continuando sus obras de Geometría. Se sabe también que en estos años cimentó amistades que no olvidó jamás. Se conocen cartas de Gerberto escritas quince años más tarde, en 984, dirigidas a Bonfill, obispo de Gerona y a un cierto Lupito Barchinonensi, acaso remoto antepasado de algún Llobet que estas líneas lea; ambas cartas son para pedir libros.

Luego, hacia 970, Borrell II peregrina a Roma, para pedir a Juan XIII que conceda a la sede de Vich los privilegios de metropolitana que Tarragona, ocupada por los árabes, no podía ejercer. Gerberto forma parte de la embajada, probablemente para darle brillo. El papa se fija pronto en Gerberto y lo presenta a Otón I.

Borrell II consiguió que en Vich hubiese arzobispo, pero regresó muy solo a Barcelona; Atón murió en Roma y Gerberto quedó en la corte de Otón I. Luego Gerberto aprende lógica y pronto lo encontramos en Reims ejerciendo de "scolasticus" o único maestro del "studium" bajo el obispo Adalberón, y continúa desempeñando este cargo durante once años, de 972 a 982.

Su fama como profesor fué, tal que pronto le proporcionó envidiosos enemigos, principalmente un tal Otrico que explicaba en Magdeburgo y que llegó a atribuirle falsas doctrinas, que Gerberto jamás había expuesto. Esta campaña de difamación tuvo su merecido fin en la célebre sesión que se celebró en Rávena un cierto día del invierno 980-981. Durante un día entero ambos sabios discutieron, presididos por el emperador, si las matemáticas, la física y la teología son ciencias que dependen o no una de otra y si cualquier causa puede expresarse con una sola palabra. Si el biógrafo es de los que estiman que unos párrafos pesados dan más prestigio al libro, puede ofrecer una reseña más detallada de esta sesión; baste decir que terminó con un rotundo éxito para Gerberto que con su arzobispo regresó a Reims después de haber recibido ambos muchos regalos del emperador.

Acaso bajo la influencia de este éxito, Otón II en 983 le encomienda la abadía de Bobio en los Apeninos, para lo cual Gerberto pasa a ser súbdito del Imperio. Fué dura su lucha con los monjes para reformar la vida del monasterio y cuando pocos meses después murió Otón II, Gerberto, con la enemiga del papa Juan XIV y de la emperatriz Adelaida, viuda de Otón I, tuvo que huir de Bobbio, aunque no abdicó su título de abad.

El biógrafo que menos afición tenga a la política se encandilará con la lealtad y el sentido europeo que Gerberto puso en la defensa en el trono del joven Otón III.

En los días 17 y 18 de junio de 991 se celebró en

## PLURA UT UNUM

el monasterio de San Basilio, en Verzy, un concilio nacional en el cual después de unas intervenciones dramáticas de Gerberto, se acordó deponer a Arnolfo, arzobispo de Reims.

Por su actuación en el concilio de Verzy fué, en principio, excomulgado por Juan XV, pero después fué nombrado arzobispo de Reims, luego de Rávena, y el Domingo de Ramos de 999 elegido papa. Tomó el nombre de Silvestre II, en recuerdo sin duda de San Silvestre; ¡quién sabe si en memoria de las relaciones de aquel papa con el primer emperador cristiano, o bien como una afirmación de su esperanza de que en el siglo XI se reproduciría el retorno a las buenas costumbres que alegró a los cristianos de principios del siglo IV!

No sabemos a ciencia cierta qué diría Wilderodo, notable obispo de Estrasburgo, al enterarse de que Gerberto había sido exaltado al Solio de San Pedro, pero sí conocemos su indignación y su sorpresa cuando cuatro años antes supo que "un hombre pobre, exilado, sin cuna y sin riquezas" había podido ceñirse la mitra archiepiscopal de Reims; Gerberto mismo no alcanza a discernir la razón de tan rara aventura y, en una preciosa y larga carta dirigida a Wilderodo, apunta que Jesús se erige en protector de los pobres al parafrasear el versículo 7 del Salmo CXII.

Su elevación al Pontificado fué tan rápida, que como papa tuvo que dirimir en suprema sentencia dos de las más espinosas cuestiones que él mismo había planteado años antes en su implacable persecución de las jerarquías que abusaban de sus privilegios: en ambos casos, tuvo el rasgo señor de compaginar la justicia con la misericordia, permitiendo que Arnolfo volviese a la silla de Reims y Petroaldo a la abadía de Bobbio; creó, sin embargo, unas condiciones de hecho que aseguraban que tanto la conducta del arzobispo como la del abad serían en adelante por lo menos de un aspecto decente. Razón tenía pues San Esteban, fundador de Cister, cuando decía que no había hidalguía de cuna tan noble como la hidalguía que se forja en los claustros.

Y durante el año 1000, no sólo no acaecieron los tan puerilmente temidos cataclismos, sino que Silvestre II experimentó el gozo de saber que era cristiana la remota Islandia y de que en Husaby se bautizaba el rey sueco Olaf.

Su pontificado fué breve, aunque no de los más breves, ya que murió el 12 de mayo de 1003. Después de su muerte, sus enemigos injuriaron de una manera increíble su memoria, llegando a afirmar que había aprendido magia con los mahometanos y que vendió su alma al diablo para poder ser papa; toda su magia consistía en una aptitud innata para las artes mecánicas y en haber hecho progresar el cálculo numérico, en cuyo aspecto llegó a inventar un ingenioso procedimiento de dividir.

A decir verdad, ¿es o no es la vida de Silvestre II una cantera magnífica para labrar de ella una interesante biografía? Y además el material está a mano, porque bastantes cartas de Gerberto, y sobre todo la crónica de su propia vida, redactada por su discípulo el monje Richer, han sido analizadas y discutidas por multitud de eruditos. Ni se puede decir tampoco que falten los inevitables "papeles" femeninos representados en este caso por Adelaida y Theofano. Vemos a Adelaida, la vieja emperatriz, siempre opuesta a Gerberto, hija de Rodolfo II rey de Borgoña, esposa en primeras nupcias de Lotario, rey de Italia y en segundas nupcias de Otón I, en cuya condición de emperatriz y madre de Otón II conoció a Gerberto. Theofano, hija de Romano II, hermana de Basilio II y de Constantino VIII, emperadores todos ellos de Bizancio, puede ser presentada como una tan tierna madre, que en los primeros tiempos de viudez ignoró en sus desvelos por Otón III toda inquietud política y fué caballerosamente defendida por el monje Gerberto.

Con estos elementos, algunos paisajes minuciosamente descritos y sus salidas y puestas de ol, que también la hubo, podría hacerse una hermosa biografía; en fin, encomendemos este asunto y otros de mayor importancia al buen Dios, y esperemos que alguien que sepa escribir se ocupe del tema.

*Fraxinius Excelsior*

## Aquella verdadera sociedad de naciones...

«Es que no hay institución alguna humana que pueda imponer a todas las naciones un código de leyes comunes, acomodado a nuestros tiempos, como fué el que tuvo en la Edad Media aquella verdadera sociedad de naciones que era una familia de pueblos cristianos. En la que, aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo permanecía siempre en vigor, como norma segura conforme a la cual eran juzgadas las naciones mismas.»

Pío XI - UBI ARCANO DEI

# LA CRUZADA DE OCCIDENTE

¡Escuchad la Voz!

**D**ESDE cualquier lugar del Mundo. O desde todos a la vez puede en cualquier momento resonar la Voz. En vuestros oídos, a través de vuestros ojos o en el fondo de vuestros corazones.

Pensad con nosotros y como nosotros, que el momento se acerca, dramático e inexorable, en el que las gentes alocadas y desbordando el cauce materialista de la comodidad, pedirán a Dios un distinto argumento.

Pensad, gentes de todos los pueblos, que cada día que pasa disminuye las torpes e improvisadas defensas morales y materiales, en las que el materialismo pretende escudarse y defenderos.

El abismo se abre cada vez más hondo a vuestros pies. Dejad de bailar alocados la ronda frenética de la inconsciencia. Dejad de pensar en vuestro "cada día" para ocuparos de vuestro "siempre". Este "siempre" que es vuestra razón de ser, en contra de ese "cada día" que es vuestra razón de "estar".

Pensad que los del otro lado, los que manejando la mentira van en contra de Dios, no tienen nada que perder y por esto pretenden perderos. Gentes sin bagaje moral, ni impedimenta espiritual viajan de prisa. Ellos no arrastran, como vosotros, el lastre de vuestros principios morales, ni se ajustan a las normas cristianas que frenan y contienen. La ley del mal es ley de libertad que no admite cauce, que lo desborda todo. Ellos saben a dónde van y lo que quieren; tienen una norma. Nosotros no.

¡Escuchad la voz! No os dejéis aturdir por los cantos de sirena del materialismo. Frente a la contundencia del argumento negativo del Mal los materialistas sólo pueden ofrecernos las tibias concepciones de su indecisión, que nace de la transigencia e inhibición del miedo. Ellos tienen argumento, nosotros no. ¡Escuchad la Voz! No hagáis caso a los que os ofrecen fórmulas democráticas, como panacea universal de todos los males y fuente u origen de todos los beneficios. La democracia puede constituir una razón de estar, pero no será nunca una razón de ser.

La concepción democrática del "Mundo desde abajo", es en definitiva una concepción pagana, que atribuye al hombre condición original. El hombre no puede ser nunca origen de Dios como pretenden quienes, despreciando la ley, quieren ajustar a Dios a su comodidad. La voz de Dios es clara. Nos la trae su Evangelio y este Evangelio dice: **"No me elegisteis vosotros a Mi sino que soy Yo el que os he elegido a vosotros."**

El materialismo produce democracia y la democracia produce materialismo. En este círculo vicioso nos movemos todos, y el Mundo vive de la falsa doctrina materialista de los que pretenden que la democracia es la doctrina fundamental del Mundo. De esta confusión, y del equívoco que nace de esta falsa ley, se sirven los dirigentes de las fuerzas del mal, para desintegrar la resistencia de nuestros organismos sociales. Ellos saben bien que la demarcación democrática cubre una extensa área en la que pueden caber todos los distintos matices políticos, con los que pretenden definir sus ideas dispares, gentes de todas las ideologías. De esta elástica condición de la idea

democrática, nace el equívoco con el que al fundirnos nos confunden. Son demócratas los comunistas, y son demócratas también los católicos. Al amparo del techo democrático se cobija muy bien lo indefinido, lo transigente, lo adaptable, lo indiferente. Por esto los dirigentes del mal tienen buen cuidado en mantener este confucionismo que les permite deslizarse entre nosotros, y usar de su mentira para desintegrarnos.

Ellos tienen su argumento de mentira. Nosotros, no. Nosotros pretendemos servirnos de la verdad de un argumento, que también es mentira. Ellos lo saben y nosotros no.

Nuestro materialismo es un materialismo transigente y amable, y nos ofrece un espejismo atractivo de comodidad y bien vivir. El progreso material, es parte también de este espejismo de que nos valemos, para engañar nuestra sed de verdad. Nuestro materialismo occidental es como nuestra democracia, un engaño que llena de brillantes objetos, y de ostentosas mecánicas, nuestra ansiedad de vida cómoda, sin atender al fondo real de felicidad a que aspiramos. Esta comodidad que disminuye nuestras defensas orgánicas, sirve también a los fines de los dirigentes del mal, que saben que de esta comodidad nace la ligereza de estas gentes indiferentes, que viven sin argumento y casi sin Dios. Estos indiferentes, estos apáticos, estos contemporizadores y sonrientes inmediatistas, son los más adecuados instrumentos de una política que se apoya precisamente en la anulación del individuo, y de su definida personalidad. Por esto atacan despiadadamente la idea cristiana, y a la Iglesia católica, que opone la Verdad que nace en el individuo como valla a la Mentira, que se ampara en la colectividad.

Ellos tienen su argumento y un plan de campaña perfectamente instrumentado. Nosotros no tenemos ni argumento ni plan. En teoría somos cristianos y pretendemos conocer e interpretar la Ley. En realidad somos transigentes y nos dejamos llevar del arrullo democrático, que nos adormece y nos anula. En cualquier caso coincidimos, unos y otros, en que es más conveniente "estar" que "ser".

¡Escuchad la Voz! El argumento de Dios se abre paso, cuando se agota el argumento del hombre, y este argumento sofisticado se va agotando rapidísimamente. Por esto insistimos ahora en decir, a cada uno, que escuche la voz de Dios. Sabemos que el momento que viene es trascendental en la vida de los pueblos, y sabemos también que ninguno de los argumentos, de que se sirve el materialismo democrático-moderado, sirve para contener la riada inmensa de estos pueblos desbocados. "Las fuerzas esenciales que rigen a los pueblos se han puesto en movimiento y por primera vez en la historia todas a la vez." Oímos de labios autorizados una definición de este caos que vivimos, que comprime aun mejor el accidente **La humanidad ha vivido tres momentos cruciales: el Diluvio, el Gólgota y éste.**

Para comprender, definir y luchar con lo que viene se necesita un argumento mucho más importante que el que puede proporcionar el hombre partiendo de

## PLURA UT UNUM

sí mismo y de su comodidad. Para situarse en un plano auténtico de realidad, hay que aceptar la idea de apoyarse en Dios, ofreciendo el sacrificio y el renunciamiento del hombre en superación ideal hacia un destino infinito.

Los del otro lado han comprendido esto desde hace también mucho tiempo, y ofrecen a la causa del mal el sacrificio de millones de seres que, alucinados o simplemente fustigados por el terror, marchan encuadrados por el desprecio que sienten sus dirigentes, por este mismo individuo que pretenden defender.

Ellos exigen el abandono ciego de la voluntad y el sacrificio total del individuo. Nosotros hablamos de beneficio y ofrecemos el trámite interminable de la concepción democrática, en sucesivas y cada vés más inverosímiles conferencias y votaciones. Ellos siguen avanzando y nosotros discutiendo. Ellos saben lo que quieren y a dónde van. Nosotros sabemos lo que queremos de comodidad y bien vivir, pero no sabemos a dónde vamos.

La democracia reconoce derechos al hombre. Dios, por contra, exige deberes y en esto sí coinciden las trayectorias auténticas del Bien y del Mal, que sitúan al hombre en un mismo plano ineludible de sacrificio. En esto radica el fracaso de esta democracia que quiere situarse, equidistante y cómodamente, entre el Bien y el Mal, entre Dios y el odio.

Escuchad la Voz... El momento se acerca en que vais a ser llamados a decidir entre el argumento de Dios o la esclavitud del hombre por el hombre y para el hombre. Los pueblos desbordan tumultuosamente los lindes formados por el concepto nacionalista, para disgregarse en el impulso de fuerzas elementales. La Humanidad desciende vertiginosamente la escalera de la civilización, para situarse en planos inferiores, en los que la trampa sustituye a la ley y el instinto al pensamiento. La velocidad priva sobre la moral que retiene o canaliza. El momento es atropellado, y esto

es síntoma seguro de que los acontecimientos se precipitan. La velocidad provoca el vértigo y lo que hoy día vive el mundo tiene carácter vertiginoso. En un momento así, cuando la masa alocada, perdido el freno de la razón, se lanza al disparate, no puede ser contenida más que por un grito potente y sereno que destaque y se imponga.

Y esta será la Voz. Una voz católica y potente que hable al mundo desde lo alto de un concepto elemental que se ha perdido. El concepto de Dios, principio y fin de todo, y origen natural e ineludible del argumento que el Mundo necesita para oponerse al argumento del Mal, este argumento que se opone a Dios y le ataca violentamente en todos los terrenos. Ellos atacan a Dios para aniquilarnos y nosotros seguimos ignorando a Dios para defendernos. Nosotros seguimos en la paganía de confiar que el hombre encontrará en sí mismo su propio origen, y en la tontería de instrumentar organismos capaces de decantar una Verdad que ni siquiera somos capaces de definir.

Nuestro argumento nace de Dios y opone a Dios a las fuerzas del Mal, o de no ser así no es argumento. El materialismo transigente y los inmediatistas de este materialismo pretenderán, una vez más, refugiarse en los argumentos de fuerza de que se han dotado para combatirnos, pensando que la realidad de estos ingenios de guerra es mejor razón que nuestra síntesis. Otros hombres han pensado lo mismo y han visto desvanecerse sus ilusiones y sus ejércitos, a beneficio de la causa del Mal, que provoca los malentendidos y se lucra de estas desintegraciones.

Sólo de Dios puede partir el argumento espiritual del Mundo en estos momentos vertiginosos. Nosotros lo entendimos así desde un principio y en prueba de ello y de la verdad de lo que entonces y ahora defendemos nos atrevemos a lanzar una primera y decisiva consigna: ¡Rezad!

C.

26 de mayo de 1949.



Guerreros del siglo XI (Fresco de Saint-Savin)

# CONCIENCIA DEMOCRATICA Y CONCIENCIA CRISTIANA

## Las democracias se hallan firmes...

La guerra que se desarrolla actualmente en Oriente sobre el suelo generoso de la península de Corea ha despertado por unos momentos la atención de los pueblos, que han podido apreciar de un modo efectivo el valor real de las promesas, de las realizaciones y de las seguridades humanas cuando no sirven a un ideal imperecedero y se agitan tumultuosamente en perspectiva de alcanzar una felicidad puramente terrena.

La rapidez misma con que han venido sucediéndose los acontecimientos en estas últimas semanas, habrá contribuido sin duda alguna a provocar esta atención, pero es muy dudoso que la misma represente el comienzo de un serio examen de conciencia, tanto por parte de los individuos como de los pueblos, sobre la responsabilidad que a todos nos incumbe en relación a las causas originarias de los males profundos que aquejan al mundo y al desarrollo de los acontecimientos de todo orden, hasta llegar al presente estado de incertidumbre y de temor.

Bien está, pongamos por caso, que el señor Antonio Eden, ministro que fué de Asuntos Exteriores en la Gran Bretaña, nos diga que la lucha en Corea no es ni más ni menos que «una prueba de fuerza entre el comunismo y el mundo libre, y una nueva fase en el desenvolvimiento de la ofensiva comunista», y que, autorizando la invasión de la Corea meridional, Stalin «ha puesto en peligro el equilibrio político del mundo». Pero, ¿qué significan, en realidad, tales juicios? ¿Dónde está este mundo libre de que nos habla el señor Eden? ¿En qué consiste el equilibrio político cuya consistencia amenaza el amo del Kremlin?

Palabras, palabras, palabras..., podríamos repetir una vez más. A cada nuevo avance del comunismo, las democracias abren sus bolsas, cuentan los soldados de sus menguados ejércitos y rivalizan en interminables torneos de oratoria que a nada bueno conducen y a nada bueno pueden conducir.

Por eso, el malestar continúa, y mientras las soluciones se diferencian, va formándose un profundo vacío que sobrecoge de temor y congoja el espíritu de quienes, sin mejores horizontes, contemplan con progresivo pavor la marcha decidida de los pueblos a una nueva y más terrible catástrofe.

«Los acontecimientos de la última semana de junio —escribe el propio Eden— han demostrado que las democracias están más firmes que lo que ellas mismas pueden sospechar en sus propósitos. *Nuestra política se halla animada por una conciencia.* Hemos predicado la unidad; ahora la vemos ya en marcha. Y pienso que nuestro pueblo, considerando con previsión las ventajas de una larga paz, prefiere que sea así» (1).

He ahí cómo los acontecimientos de Corea han provocado una reacción eficaz en el mecanismo democrático. He ahí cómo la agresión comunista ha logrado, sin más, crear esa conciencia colectiva que nos abre de par en par las puertas de una paz ofrecida por el mundo a sus leales servidores.

¡Pueden descansar tranquilos los dirigentes de las naciones y los pueblos todos del planeta! ¡La conciencia democrática del liberalismo vela por el porvenir y por la felicidad de la humanidad entera!

## Ha sonado la gran hora para la conciencia cristiana

Sin embargo, el panorama que tenemos ante la vista no nos mueve ciertamente a tamaño optimismo. Pese a todo lo que se puede decir, y tal vez en razón de ello precisamente, no se vislumbra todavía en los pueblos que se dicen cristianos aquel espíritu de sincera humildad que hace comprender los propios errores, ahogar las ilusiones pueriles, cuando no abiertamente perversas, de una tranquilidad en el disfrute de todos los placeres, y abrir camino a un total arrepentimiento de sus culpables extravíos hasta convertirse a Dios y sujetarse a su santa ley.

La conciencia de que nos habla el señor Eden no es la auténtica conciencia cristiana que conoce las posibilidades humanas, comprende sus menguadas fuerzas, calibra la gravedad intrínseca de los males que afligen a la humanidad y se da cuenta de que solamente la intervención misericordiosa de Dios Nuestro Señor puede atajar los tremendos peligros que nos amenazan, e infundir los sublimes ideales únicos capaces de convertirnos en cruzados militantes bajo la suprema bandera del Rey de reyes.

La conciencia democrática liberal crea tan sólo un engañoso espejismo de seguridad en la fuerza de las armas y del oro, alentando a los hombres a vivir *su propia vida*, a considerarse suficientes en sí mismos, a prescindir enteramente de Dios en la dirección de los negocios públicos y en el ordenamiento de la sociedad, siendo, al propio tiempo, campo abonado donde toda tiranía tiene su asiento y toda confabulación halla amplio cobijo. La conciencia democrática es, así, semillero del orgullo y de la soberbia y conduce directamente a la perdición de los pueblos.

Sacudirse el pesado yugo que la concepción naturalista de la vida ha impuesto sobre la sociedad, constituye, por lo tanto, la premisa indispensable para que la auténtica conciencia social despierte poderosamente, renunciando a los caminos fáciles de una vida alegre orientada y dirigida por la codicia, fuente y raíz de todos los males (2).

Pero para ello es preciso, ante todo, que los pueblos vuelvan a su Dios y Señor; que reconozcan su autoridad soberana; que, gozosos, se sometan a su imperio indiscutible. Entonces tan sólo será posible reconstruir la fraternidad entre las naciones, ya que la paz y la caridad son frutos exclusivos del espíritu de Dios. «Solamente reconociendo la soberanía social de Jesucristo, y únicamente dentro del ámbito de sus mandamientos, podrá gozarse aquella verdadera libertad, podrá hallarse aquella ansiada justicia social, aquella indispensable moderación y armonía de aspiraciones y concordia de sentimientos, sin los que ninguna paz podrá jamás existir» (3); tal fué la advertencia solemne del Romano Pontífice, pocas semanas después de haberse terminado la segunda guerra mundial.

Esta advertencia ha sido repetida continuamente por todos los Papas. Las naciones son llamadas una y mil veces a rechazar las doctrinas de perdición que aniquilan su mismo ser; son invitadas amorosamente a convertirse a Dios, pero a convertirse de verdad, entregándose totalmente a su Providencia y a su misericordia.

«Los mismos pueblos —decía Pío XI— son los llamados a tomar en este punto *una decisión definitiva*: o se confían a estos bienhechores y benévolos espíritus (se refiere el

(2) I Tim., 6. 10.

(3) Pío XII. Mensaje al Congreso colombiano de Cristo Rey, 30 de septiembre de 1945.

(1) Anthony Eden. *L'erreur de Moscou*. «Le Monde», 18 de julio de 1950.

## A LA LUZ DEL VATICANO

Papa a la oración y a la penitencia) y se convierten, humildes y penitentes, a su Dios y Padre de misericordia, o bien se abandonan a sí mismos, con lo poco que todavía queda de felicidad sobre la tierra, al poder del enemigo de Dios, es decir, al espíritu de venganza y de destrucción» (4).

El dilema es terminante y decisivo: O los pueblos, arrepentidos de sus anteriores extravíos, declaran su impotencia y se humillan sumisos ante Dios, o de lo contrario habrá sonado tal vez la hora del castigo.

Ha llegado ya el instante crucial de tomar una resolución terminante. «*La gran hora para la conciencia cristiana ha sonado.*» O esta conciencia despierta a la plena y viril conciencia de su misión de ayuda y salvación para la humanidad, puesta en peligro en su ser espiritual, y entonces habrá salvación y se verificará la fórmula prometida por el Redentor: «Tened fe; he conquistado el mundo», o, de lo contrario, y Dios no lo permita, esta conciencia cristiana despertará sólo en parte, no se entregará valiente a Cristo, y se cumplirá el veredicto —terrible veredicto— no menos solemne: «El que no está conmigo, está contra Mí» (5).

Ese despertar —llamada angustiosa del Vicario de Cristo en los momentos trascendentales que vivimos— es, ciertamente, incompatible con cualquier concesión a la comodidad y a la cobardía, incompatible con el espíritu de aquellos que «no quieren ver la gravedad de las circunstancias y ahogan toda reflexión seria» (6).

Pero también es incompatible con las tendencias minimizadoras de quienes tratan de apartar toda influencia saludable de la Iglesia en la organización y desarrollo de la vida civil de las naciones. «Los sentimientos, las resoluciones y las acciones que nacen de este despertar no están encerradas solamente, según la errónea fórmula, dentro del campo llamado puramente religioso, entendiendo con estas palabras la exclusión de cualquier penetración en la vida pública. Por el contrario, *su objeto es el terreno civil, nacional e internacional*, abraza todas las cuestiones donde se ventilan intereses morales, donde se trata de tomar partido por Dios o contra Dios; en una palabra: cualquier cuestión que explícita o implícitamente se refiera a la religión» (7).

### Conviértete al Señor tu Dios

Cuando el Papa Pío XI, en su Encíclica *Caritate Christi compulsi*, después de instruir al pueblo cristiano de las excelencias de la oración y de la penitencia, medios poderosísimos que nos ha mandado Dios «para que retornemos a Él a la descarriada humanidad», y para disipar y reparar la causa primera de toda rebeldía: la rebelión del hombre contra Dios, se dirige a los hombres y a los pueblos como Padre y Pastor de las almas y Maestro y Guía de

(4) Pío XI. Encíclica *Caritate Christi compulsi*.  
(5) Pío XII. Mensaje Pascual, 1948.  
(6) Comentarios a la Proclama de una Cruzada por la Dirección General del Apostolado de la Oración.  
(7) Pío XII. Alocución al Sacro Colegio Cardenalicio, 2 de junio de 1948.

la sociedad, les envía esta suprema apelación: «Nada nos queda ya, venerables hermanos, sino invitar a este pobre mundo que tanta sangre ha vertido, tantos sepulcros ha abierto, destruido tantas obras y privado de pan y de trabajo a tantos hombres, ya no nos queda, decimos, más que invitarle con las tiernas palabras de la Sagrada Liturgia: *Conviértete al Señor tu Dios*».

Hoy, de nuevo, nos llega de Roma la misma invitación: «Imploremos el perdón de nuestros pecados y de los del mundo entero, y supliquemos de todo corazón que se abrevien los días de la aflicción y de la miseria, y se apresure el triunfo del reino de Cristo» (8).

Pero para alcanzar esta victoria «nos falta algo todavía». Como enseñaba Pío XI, la actual rebeldía del hombre contra Dios recuerda el «mysterium iniquitatis» de que nos habla San Pablo; por ello, «los solos medios humanos y las trazas de los hombres no bastan» (9); es preciso recurrir a la oración y a la penitencia. «*El género humano no se salvará si no es volviendo penitente a Dios*» (10).

«Hay que recurrir, pues, al que es camino de verdad y vida» (11). Únicamente Dios puede despertar en los pueblos esa clara conciencia de su misión, de su responsabilidad; únicamente la caridad de Jesucristo puede destruir el espíritu de odio y de venganza y dar al mundo la verdadera paz.

Por eso, «hemos de persuadir a muchísimos» (12) de que en estas horas trágicamente decisivas en que vive el mundo hay que buscar la salvación en la oración penitente y confiada dirigida al Sagrado Corazón de Jesús por medio del Inmaculado Corazón de María.

Invoquémosle —instruye el Papa Pío XI—, «interponiendo el patrocinio de María Santísima, Mediadora de todas las gracias... por los hermanos creyentes, por los hermanos extraviados, por los incrédulos, por los infieles, por los mismos enemigos de Dios y de la Iglesia, a fin de que se conviertan; en una palabra, por toda la pobre humanidad» (14). Acudamos a ese Corazón dulcísimo que ansía salvar a los hombres y a las naciones. Escuchemos su voz que desde Fátima resuena por el mundo entero, este mismo mundo que se halla muy cerca de la barbarie y de la esclavitud. Seamos fieles a su Mensaje que «es apelación, es esperanza, es salvación en esta hora apocalíptica» (15).

Frente a la confianza absurda en una conciencia política que es signo y expresión de un estado de indiferencia culpable abierta al advenimiento de la mayor tiranía que conocieron los siglos, elevemos nuestros corazones a Quien tan sólo puede dar pleno vigor a la auténtica conciencia social de los pueblos, norma segura de sentir y obrar cristianamente.

José-Oriol Cuffi Canadell

(8) Proclama de la Cruzada de Oración y Penitencia.  
(9) Pío XI. Enc. cit.  
(10) Comentarios a la Proclama, cit.  
(11) León XIII. Enc. *Annum Sacrum*.  
(12) Comentarios cit.  
(13) Pío XI. Enc. cit.  
(14) Pío XI. Enc. cit.  
(15) Cardenal Cerejeira. Sermón en la clausura del Congreso Mariano de Madrid, 1948.

Viene de la pág. 356

¿Por qué así? La razón es bien sencilla. La humanidad presente está agotada por un hondo padecer; de enfermedad en enfermedad, de ultraje en ultraje, ha llegado al actual paroxismo de locura. Puede ocurrir que azuzada por el peligro vuelva sobre sí misma y, contemplando su estado —¡cuán ejemplar es la Historia!—, se decida a estar a la altura de su desolada circunstancia. En momentos como éste acostumbra a despertar la conciencia social, aunque no sea más que por el instinto de conservación de la propia sociedad.

Por eso en tal instante hay que volver la mirada hacia atrás, hacia los orígenes, a repostar del espíritu vivificador

que animó siempre todo «comenzar». De una situación similarmente dolorosa arranca toda «reforma», todo volver a vivir informado y confirmado en unos «principios».

El simple tener historia no implica plenitud de vida. La jornada puede resultar cansada y al mismo tiempo infructuosa. El verdadero progreso se iniciará siempre por un retorno hasta aquel punto en que dejó precisamente de serlo.

Hoy la humanidad sufre. Es hora de que la conciencia social cristalice en espíritu de reforma. Sólo así el sufrimiento puede conducir a la plenitud.

Francisco Hernanz

# EL TRANSFORMISMO EN EL MOMENTO ACTUAL <sup>(1)</sup>

La adaptación se realiza según el individuo y no según el ambiente. Cada cual se adapta o no al ambiente según las "posibilidades" que lleva dentro. Lo cierto es que la evolución ha tenido que ser, no tanto por la adaptación del medio al individuo como por evolución del individuo al medio. Es decir, que esto sucede como en una placa fotográfica. Ustedes no ven nada en ella; pero la meten en la hidroquinona y sale la imagen. Si la imagen no está impresionada, no sale. De un modo análogo podemos interpretar la adaptación al medio: es menester que haya una imagen que lleve una preformación, una potencia prospectiva que permita que este organismo responda al medio de un modo determinado. Y conste que si el organismo no lleva en sí la capacidad prospectiva para engendrar la modificación, ya puede variar el ambiente. Es algo así como si el genoma de la masa hereditaria estuviera "esperando la ocasión" del ambiente, y cuando se presenta esa ocasión, se produce esa mutación o modificación.

Dirán ustedes: ¿Entonces es admisible una evolución perfectiva por las solas leyes naturales? No; en primer lugar eso solamente exige que se produzcan una serie de casualidades tan raras, tan raras, tan raras, que es verdaderamente casi irrealizable por muchos millones de años que supongamos.

Los estadísticos admiten que cuando un fenómeno se produce o se deja de producir en un 5 por 100 de los casos indica que en ese 5 por 100 ha habido una causa extrínseca, anormal, que le diferencia de los otros 95 casos. De modo que, incluso en el campo estadístico, ese 5 por 100 de casos está afecto de un error de experimentación o de una causa anormal. ¿Qué diremos si en lugar del 5 por 100 es el 5 por 1.000, o en su lugar el 5 por 100.000, o el 5 por un millón?

Por eso nos quieren hacer tragar los transformistas que una casualidad que se presenta en una unidad por miles de millones de casos no exige una causa extraña. Y esa causa es la que nosotros admitimos. Todos nos acordamos de la "indeterminación" de Heisenberg en estos casos. Cuando la Naturaleza no sabe qué hacer, está perpleja; basta una pequeña intervención, que varía la evolución de los acontecimientos en este o en el otro sentido, sin alterar la ley de la conservación de la energía.

Pero es que, además, nos olvidamos de la segunda parte del problema, que es tan importante como la primera. El ambiente es como otra parte del ser vivo. Hoy día se estudia nada menos que una ciencia que se llama **ecología**, que es el comportamiento de los seres vivos en relación al ambiente.

Las flores pueden ser fecundadas bien que exista un viento favorable que lleve el polen de unas a otras, bien que existan unos insectos que hagan la misma operación. Pero para una de las primeras hay cuatro o cinco que necesitan insectos. Si faltan, esos insectos no se fecundan y esas plantas se extinguirán. Las flores hacen el amor a los insectos y los insectos sirven de parainfo a las flores. Sin tener noción de ello, los insectos depositan en una flor el polen que le ha echado otra, con un movimiento tan coordinado y tan perfecto que uno no puede menos que decir: Aquí hay un arquitecto maravilloso. Esta planta debe te-

ner inteligencia porque se mueve incluso como los animales para sacudir en un instante el polen, antes de que al insecto le dé tiempo a saltar hacia atrás.

No hay, pues, planta que pueda vivir sin otra planta, ni planta que pueda vivir sin un animal, ni animal que pueda vivir sin una planta. El conjunto de la naturaleza es la maravilla más admirable que podemos considerar. Y esa serie de maravillas de **coordinación misteriosa** está demostrando que existe una inteligencia que no se puede atribuir ni al animal ni a la planta. ¿Qué significa todo eso? ¿Casualidad? Entonces multipliquemos las probabilidades unas con otras y no se encontrará explicación posible a tanta probabilidad.

Por eso, ante estos hechos, los católicos decimos: Condescendemos y admitimos que ha habido una evolución perfectiva que vosotros no sabéis interpretar bien y que la estáis estropeando. Pero, aun así, hay que admitir dos cosas: esa evolución no se ha hecho a ciegas, sino con un plan prospectivo parecido al del desarrollo embrionario, que lleva sus etapas y que se detiene o no se detiene. Si se detiene produce estadios inferiores de los que necesariamente ha tenido que proceder y, por consiguiente, atavismos que nos recuerdan, efectivamente, animales más inferiores, pero no animales progenitores.

Pero además de eso hay que admitir que esa evolución ha necesitado una coordinación de ambiente tan maravillosa que nosotros científicamente, racionalmente, tenemos que decir: Sí, señor: evolución condicionada, dirigida, providencialista; no al azar, no a ciegas, no por las solas leyes de la naturaleza. Ahí ha habido una inteligencia directora, que es la misma que ha creado toda la naturaleza.

Llegamos en esto a una situación parecida a la que tenemos que adoptar necesariamente para interpretar la evolución de la historia de la Humanidad.

En la historia de la Humanidad no vemos con los ojos de la cara más que a hombres con su libre albedrío, con sus pasiones e intereses. Es el pasillo de Dantzig o es el Maine. Aquí no vemos más que las flotas, los aviones, los tanques, las fuerzas humanas. Aquí todo se explica naturalmente. ¿Quién ha de vencer? El más fuerte, el más diplomático, el más sagaz, sin duda. Pero es que luego viene algo que no nos explica el libre albedrío ni la fuerza humana. ¿Cómo puede explicarse que pudiera pasar la flota española por el Estrecho de Gibraltar, con la escuadra roja a la vista? ¿Qué pasó allí? No lo sabemos. Misteriosamente se engañaron, se abandonaron. Algo debió de pasar; pero lo cierto es que no dispararon y la flota pudo pasar con una inferioridad de medios manifiesta. Ahí triunfó el más débil, no el más fuerte. Y ¿qué pasó en Covadonga? Pues un hecho natural. Como consecuencia de las lluvias, tan frecuentes allí, se derrumba una parte del monte y envuelve a los moros y los aniquila. Y triunfan los cristianos. Por el estilo sucede en otros muchos hechos históricos. ¿Son hechos naturales?

Esta es la doctrina que podemos aceptar los católicos, sin negar que Dios pudo hacer lo que quiso. Sí, podemos admitir, para condescender con los demás, que ha habido un evolucionismo dirigido que, en fin de cuentas, es grandioso.

(1) Véase en *CRISTIANDAD*, núm. 151, la 1.ª parte de este artículo.

## Crisis del mal humor. — Corea, paralelo 38

### Crisis del mal humor

Quizá pocos hechos resulten tan aleccionadores para calibrar con mayor exactitud la verdadera raíz del trágico infortunio en que se debate el cuerpo social, como el paradójico espectáculo que la Francia proporcionó al mundo en estas últimas semanas.

Mientras en el lejano Oriente se desencadenaba una guerra que en el transcurso de cada hora iba alcanzando mayores proporciones y engendraba temores fundados de otras posibles amenazas, que podían significar ni más ni menos el comienzo de la tercera guerra mundial, la nación francesa estaba pendiente del desarrollo de una de las habituales crisis de gobierno.

De otra crisis cuya verdadera clave, como posteriormente se ha podido comprobar, estribaba en la sujeción incondicional de los partidos mayoritarios a las consignas emanadas de la agrupación política vinculada hasta hace algunos meses en el pensamiento rector del fallecido León Blum.

Porque, en definitiva, ¿qué cuenta en el vecino país, el Movimiento Republicano Popular? ¿Qué cuentan los radicales y los demás partidos representados en la Asamblea Nacional y que integran esa mayoría heterogénea, vacilante entre la subordinación a tenebrosas directrices y el temor de perder las actuales prebendas?

Una vez más, repetimos, la solución de la crisis ha venido ligada a la aceptación de unas órdenes dictadas por el partido que, en camaradería fraterna, regentan los señores Jules Moch y Daniel Mayer. ¿Y quién puede dudar, a la vista del resultado, que una de las condiciones impuestas ha sido la entrega incondicional de la cartera ministerial de la Defensa al judío Moch? ¿Era esto en realidad lo que interesaba a los socialistas y a otros caracterizados elementos?

El peligro inmenso que se esconde en el seno mismo del nuevo ministerio no ha podido pasar desapercibido a ciertos parlamentarios, algunos de los cuales han llegado a expresar su honda preocupación ante la propia Asamblea Nacional. Así, en la sesión en que se presentó el recién formado gabinete, el diputado Frédéric Dupont denunciaba lo siguiente: «Esta misma mañana, *Le Populaire* ha reemprendido sus ataques contra Bao Dai. El diario socialista desea que el Gobierno acuda al Consejo de Seguridad.» Y se preguntaba el diputado: La presencia de los socialistas en el Gobierno del señor Pleven, ¿significa que éste se halla de acuerdo con tales orientaciones?, para terminar declarando: «Vuestro Gobierno, señor presidente del Consejo, evitará tal vez momentáneamente la disolución de la Asamblea, pero se halla en camino de matar la Unión francesa.»

Por su parte, el diputado René Capitant, después de subrayar que el señor Pleven era el nuevo jefe de la tercera fuerza, afirmaba que el actual régimen conducía al país a su total desastre.

¿Es que acaso puede constituir una garantía para el porvenir de Francia la presencia del señor Moch en el ministerio que tiene a su cargo la máxima responsabilidad en orden a la defensa de la independencia del país? Varios diputados lo pusieron en duda, cuando no lo negaron formalmente, como el diputado republicano señor Triboulet, que llegó a calificar de «inexplicable e inaceptable» la designación de Moch para un puesto tan decisivo.

No obstante, allí estaban los portavoces de la confabulación para explicar lo «inexplicable»: Jules Moch merece el cargo por sus eminentes cualidades y por sus anteriores servicios, afirmó el señor Pleven; el hijo de Jules Moch, coreó rápidamente Eduardo Herriot, fué un mártir de la resistencia; Jules Moch, recordó emocionado Da-

niel Mayer, votó contra Petain. Trescientos veintinueve votos, entre ellos los del grupo del señor Bidault, contra doscientos veinticuatro, sellaron la entrega de todos los asuntos relacionados con la defensa de la nación francesa al señor Moch, con todo lo que ello representa y con lo que tal vez pudiera gravemente representar.

Tal ha sido la historia estricta de la última crisis francesa. Crisis que un diputado, el señor Viard, se atrevió a calificar, durante su desarrollo, de «crisis del mal humor».

Seguramente en quienes la provocaron, todo mal humor ha desaparecido y una sonrisa enigmática debe iluminar su agudo rostro.

Pero, ¿qué opina, qué piensa el pueblo de Francia?

### Corea, paralelo 38

Han pasado ya varias semanas desde el día en que las tropas de la Corea del Norte, desbordando el paralelo 38, penetraron en la zona meridional. De nada valieron las órdenes de las Naciones Unidas para detener al ejército invasor, y así Norteamérica, respaldada por la mayor parte de los Estados miembros de la O. N. U., envió tropas y material de guerra para hacer retroceder a los atacantes. De hecho, comenzaba entonces la guerra de Corea.

¿Cómo terminará la contienda? ¿Cuáles serán sus derivaciones? Hoy nos limitaremos a recoger algunos fragmentos dispersos en las páginas del diario francés *Le Monde*, correspondiente al día 27 del pasado mes de junio, y que constituyen la expresión de un pensamiento oficioso sobre el desarrollo futuro de la lucha que entonces se iniciaba y de los términos en que se ha planteado esa exteriorización de la «guerra fría» entre los Estados Unidos y la U. R. S. S.

La gravedad de la situación viene, al parecer, determinada por estos hechos:

*«Que la Unión Soviética haya escogido el momento de atacar poco después de haber vuelto a Washington el secretario de defensa, señor Johnson, y el general Bradley, y tres o cuatro días tan sólo de la fecha en que el señor Foster Dulles dió seguridades a Seul, demuestra, según los observadores calificados, una intención no disimulada de arrebatar a los americanos la iniciativa en Extremo Oriente y de atentar por todos los medios contra su prestigio.»*

¿De quién ha sido víctima Corea?:

*«Parece ser ya demasiado tarde para salvar la Corea del Sur; la desgraciada República «democrática» de Seul habrá sido en este caso la víctima —digámoslo con franqueza— no solamente de una agresión comunista apoyada por la Unión Soviética, sino también de las inconsecuencias de la política americana en Extremo Oriente.»*

Una afirmación que puede sorprender a los que creen en la eficacia completa del Plan Marshall y del Pacto del Atlántico:

*«Una vez más los hechos demuestran —como si faltase tal demostración después de la tragedia de China— que las armas norteamericanas y los dólares no son suficientes para detener en Asia el avance comunista.»*

¿Corea, preludio de la tercera guerra mundial?:

*«No es muy probable, afortunadamente, que el asunto coreano degeneren en un conflicto internacional, ya que los propios Estados Unidos habrán de esforzarse, así parece, a circunscribir la lucha.»*

En realidad, por lo menos hasta el momento en que escribimos estas notas, nos hallamos todavía en pleno camp de espera. Las grandes potencias parecen, en general, haber hecho suya la famosa frase de un diplomático francés: «Es urgente esperar.» Esperemos, pues, pero siguiendo la advertencia del Evangelio: es decir, vigilando y orando.

J. O. C.



**Hotel Compostela**

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

**EDUARDO PUIG**

**REFLECTORES**

Primera y única fábrica nacional  
especializada en esta industria

**ILUMINACION**

Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. J. Antonio, 431

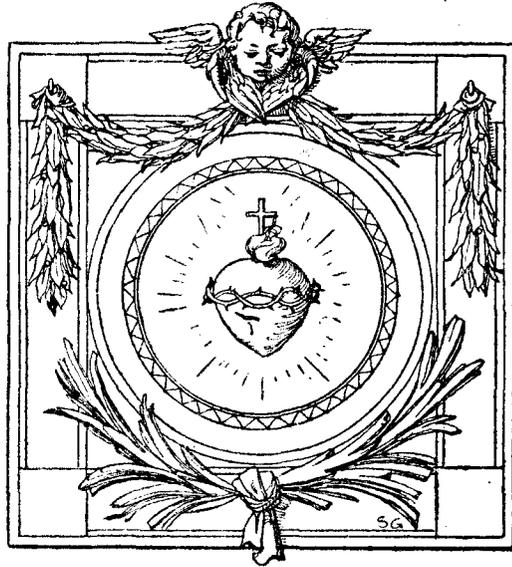
Teléfono 24 31 28

BARCELONA



*Visite las Cuevas  
de Artá*

EMISARIA  
DE  
CRISTO REY



SOR MARIA DEL DIVINO CORAZÓN

PRÓLOGO POR EL P. RAMÓN ORLANDIS, S. I.

PUBLICACIONES «CRISTIANDAD»

Diputación, 302, 2.º, 1.º - BARCELONA - Tel. 22 24 46

RESERVADO

M. S. S. A.

RESERVADO

F. C. B. S. A.

**J. GRENZNER MONTAGUT**

INGENIERO

Construcciones Urbanas e Industriales  
Obras Públicas

Ronda San Pedro, 27, 2.º, 4.º - Teléfono 21 20 58

BARCELONA

J. Pallarés

# fogo



**PROTEGE  
EL HOGAR**

**INSECTICIDA D-D-T**

**DE ACCION PROLONGADA**

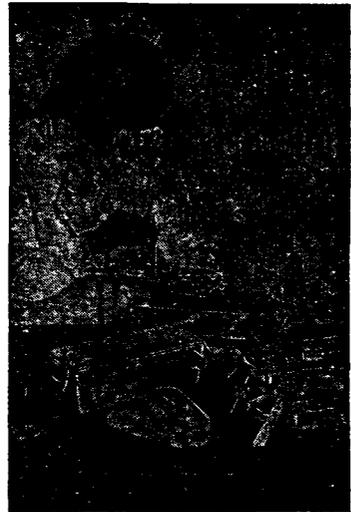
## TEXTIL DALMAU

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA  
ALMACEN DE TEJIDOS DE ALGODON

ESPECIALIDADES PARA COMUNIDADES RELIGIOSAS

Teléf. 2923  
San José, 3

SABADELL



## ESMALTERIA ESPAÑOLA

DE

### COMBALIA y CASACUBERTA, S. C.

FABRICA DE ARTICULOS DE ACERO  
ESMALTADOS Y PULIMENTADOS.  
BATERIA DE COCINA Y DEMAS  
UTENSILIOS DE LA CASA.-REFLEC-  
TORES Y PANTALLAS - SARTENES  
PULIMENTADAS



Telegramas: ESMALTERIA  
Consejo de Ciento, 164 al 186  
Teléfono 23 13 98

**BARCELONA**

*José Fontanals Hill*  
*Hermanos*

FÁBRICA Y ALMACÉN  
DE TEJIDOS DE FANTASÍAS

ALTA NOVEDAD PARA SEÑORAS



Despacho: Gerona, 62 - Teléfono 25 22 17  
Fábrica: Puigmartí, 8 (Gracia) - Teléfono 28 43 25  
**BARCELONA**